

¡Ay, Saltillo!,
si tus calles hablaran...

Javier Villarreal Lozano

©Javier Villarreal Lozano
©Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
©Secretaría de Cultura de Coahuila
Juárez e Hidalgo s/n, Zona Centro
C.P. 25000. Saltillo, Coahuila de Zaragoza
Correo electrónico: premiosliterarios.sec@gmail.com

Edición: Alejandro Beltrán
Diseño: Estefanía Nicté Estrada
Imagen de cubierta: Augusto Gossmann

ISBN: En trámite

Impreso y hecho en México
Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2017

Agradecimientos

Expreso mi más profundo agradecimiento a quienes de una u otra forma hicieron posible este libro:

Lucas Martínez Sánchez, como es su costumbre, puso a mi disposición sus profundos conocimientos de la historia de Coahuila y me brindó el apoyo para localizar documentos en el Archivo General del Estado de Coahuila de Zaragoza, del que es director.

Con igual atingencia y amabilidad fui atendido por Ernesto Terry, jefe de la Hemeroteca del Archivo Municipal de Saltillo, donde consulté en periódicos lo relativo a la muerte del general Jesús González Ortega y la visita a Saltillo del poeta Salvador Rueda.

El texto sobre la presencia del poeta Salvador Rueda en Saltillo hubiera sido imposible sin el desprendimiento del doctor Aurelio de los Reyes, miembro del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, a cuyo tesón y pasión se debe el rescate de material cinematográfico de altísimo valor histórico.

Aunque ya no está entre nosotros, resultaría un acto de ingratitud no mencionar a don Miguel Alessio Robles Fernández. Él me proporcionó la carta enviada por su padre a Vito, citada en el capítulo “Los siete magníficos”.

Hago constar que la idea de emprender una investigación acerca de los famosos saltillenses nacidos en la calle de Victoria, “Los siete magníficos”, nació de una charla con el licenciado Rubén Moreira Valdez, quien evocó a varios de esos personajes en un paseo por el centro de la ciudad.

Esperanza Dávila Sota, Diana Moyeda Dávila y Víctor Moncada Maya de la Biblioteca del Centro Cultural Vito Alessio Robles representaron asimismo un invaluable apoyo.

En la lista se incluye, por supuesto, el nombre de María Concepción Recio Dávila, quien leyó el texto, sugirió cambios e hizo la corrección final. Conchita, como le llamamos todos los que la queremos, es encarnación coahuilense del ya legendario Roger E. M. Whitaker, redactor en jefe del *New Yorker*, del que dice George Steiner: “Toda imprecisión, de sintaxis o de puntuación, le parecía una tara en un sentido casi moral del término. Si una frase no era de una precisión absoluta, si se contentaba con palabras vanas, si tenía dos puntos cuando hubiera hecho falta un punto y coma, todo el mundo sufría con la grosería cometida: el lector, la lengua y, en definitiva, uno mismo.”

Tengo una deuda con Héctor de Mauleón —a quien no conozco personalmente, pero leo siempre con deleite y provecho—, maestro en un género literario que podríamos llamar “crónica histórica”, lo que estas páginas pretenden ser.

La edición de esta obra ha sido posible gracias a la buena disposición de la titular de la Secretaría de Cultura del Estado, Ana Sofía García Camil y del Consejo Editorial dirigido por Javier Fuentes de la Peña.

Prólogo

En 1977, basándose en el Documento del Parral descubierto por el historiador Wigberto Jiménez Moreno, el gobernador Óscar Flores Tapia determinó que ese año Saltillo debería celebrar cuatro siglos de existencia. En los preparativos de los festejos de la efeméride, conversando con su gran amigo, el republicano español Wifredo Bosch Pardo, don Óscar le sugirió la conveniencia de que se diera a la tarea de escribir la historia de la capital de Coahuila. Con el inconfundible acento de hijo de Cataluña, del que nunca se desprendió, don Wifredo respondió contundente a la sugerencia: “Pero, Óscar, ¿cómo me pides que escriba la historia de Saltillo, si en esta ciudad nunca ha pasado nada?”

No había desprecio ni arrogancia en la respuesta. Era la visión de un hijo de la ciudad de Barcelona, cuya historia se remonta a más de siete mil años, pues el espacio donde se asienta estuvo poblado desde el neolítico, 5500 a. C., y hay versiones de que su fundación oficial fue obra del cartaginés Amilcar Barca en el 230 a. C. A los ojos de don Wifredo, la jovencísima ciudad de Saltillo estaba todavía por hacerse de una historia.

Pues bien, le explicaría al señor Bosch, si aún estuviera entre nosotros: “Tranquilícese usted, éste no es un libro de Historia, con mayúscula inicial, es un libro de historias, con minúscula inicial.

No contiene estremecedoras revelaciones o profundas investigaciones, tampoco erudito amontonamiento académico de datos y citas. La intención al escribirlo fue mucho más modesta: revivir hechos ocurridos en calles, lugares y edificios de la ciudad, acontecimientos hoy casi olvidados o apenas merecedores de un par de líneas en los libros”.

Resulta comprensible que quienes recorren el campo de Waterloo imaginen a Napoleón viendo, impotente, cómo destruían a su hasta entonces invencible ejército, o frente a la escalinata de la parroquia de Dolores Hidalgo, Guanajuato, les venga a la memoria la figura de don Miguel Hidalgo y Costilla convocando a los vecinos al grito de “¡Muera el mal gobierno!” Esto no ocurre, por supuesto, en la esquina de las calles de Hidalgo y Juárez ni en la Iglesia del Calvario de nuestra ciudad.

Como Waterloo, los fuertes de Loreto y Guadalupe, en Puebla, o el Castillo de Chapultepec, en Ciudad de México, hay sitios evocadores de hazañas a veces capaces de cambiar el rumbo de un país o de un continente. Eso serían los lugares con Historia, así, con mayúscula inicial. Hay otros, como en Saltillo, que un día fueron escenario de hechos cuya importancia está muy lejos de lo sucedido en Waterloo o en la parroquia de Dolores, pero son dignos de ser recordados al ofrecer pinceladas de la vida de la ciudad a través de los años.

Esa es la intención de estos textos cuya única pretensión es que edificios, calles y lugares saltillenses hablen y nos cuenten alguna de sus historias. Nada más.

Cuando la plaza fue patíbulo

Plaza de Armas

Corazón de la ciudad. Quienes midieron el área destinada a plaza pública no conocían o desatendieron las indicaciones de las ordenanzas del rey Felipe II sobre las características que deberían tener las nuevas fundaciones. Les quedó pequeña, pero a partir de ella trazaron las primeras calles de la entonces también minúscula villa de Santiago del Saltillo. La plaza principal, “de Armas”, como la llaman los saltillenses, aunque su nombre oficial sea Plaza de la Independencia, desde un principio estuvo, eso sí, custodiada por los dos poderes: el Gobierno y la Iglesia. Los primeros colonizadores levantaron casas alrededor y en ese espacio público se entrecruzan, desde hace más de tres siglos, las vidas de los habitantes de la entonces villa y ahora ciudad.

En tiempo de los virreyes, los pregoneros acudían a comunicar bandos y órdenes. Gritaban a voz en cuello la repetida fórmula de “¡Sepan cuantos la presente vieren u oyeren...” Así, suponían, todos quedaban enterados de los edictos y órdenes firmados ya fuera en Madrid o en la Ciudad de México. Las sirvientas también iban a diario, pero no a gritonear edictos u órdenes virreinales, sino a charlar mientras llenaban de agua los cántaros en la fuente que existía en el centro de la plaza.

Escenario de hechos trascendentes, a fines de febrero de 1811, después de asistir a un “solemne Te Deum” el generalísimo Ignacio Allende la cruzó, todo entorchado el uniforme y plumero en el bicornio, rumbo a las Casas Consistoriales, hoy Palacio de Gobierno. Más para señalar su propia importancia que buscando comodidad, don Ignacio se alojó en la sede del gobierno local. Desde el balcón, él y fray Gregorio de la Concepción arrojaron al numeroso pueblo reunido en la plaza “siete mil pesos fuertes, tirándoles hasta las bandejas de plata en que nos ministraron dicho dinero.” Dos semanas después, el 14 de marzo, el generalísimo Allende volvió a cruzarla, suponemos que a caballo, para ir a encontrar la celada en Baján y la muerte en Chihuahua.

El 1 de julio de 1821 se congregó allí un entusiasta grupo de miembros del cabildo, seguidos de neopatriotas y curiosos. Adelantándose a don Agustín de Iturbide y a la entrada del Ejército Trigarante a la capital, por su cuenta y riesgo juraron la Independencia de México.

Antonio López de Santa Anna también la ocupó con sus soldados en 1836, cuando hizo escala en su viaje rumbo a Texas, adonde se dirigía con la idea de someter al orden a los levantiscos tejanos. Y los apaciguó en El Álamo, fortaleza de San Antonio. Acabó con todos, incluyendo a dos héroes pertenecientes a la cultura popular norteamericana: Davy Crockett, que hasta serie de televisión y un hotel con su nombre tendría después en Disneylandia, y

Jim Bowie, aventurero inventor del enorme cuchillo con vocación de machete que lleva su nombre. Después del triunfo de El Álamo, Santa Anna se durmió en San Jacinto, dicen unos, o estaba con una señora, aseguran otros, cuando lo sorprendió Sam Houston. Los hombres de Houston hicieron pedazos al Ejército Mexicano y a don Antonio lo mandaron preso a Washington.

Durante la afamada feria anual del Saltillo, la plaza semejaba un caótico campamento de beduinos. Con telas y palos se improvisaban tendajones y hasta dormitorios destinados a la multitud de visitantes que acudían a comprar zapatos, ropa, telas, loza, navajas, frazadas, sillas de montar y aperos de labranza. Ni mesones ni casas particulares eran suficientes para dar cabida a tanto fuereño. En esos días, calcula un cronista, Saltillo duplicaba el número de habitantes. Unos venían a comprar o a vender; otros llegaban en busca de diversión: peleas de gallos, corridas de toros, fandangos y juegos de azar, que no pocas veces terminaban en sangrientas peleas. En el extremo norte —hoy diríamos del lado de los arcos— se improvisaba la plaza de toros.

A mediados del siglo XIX, cuenta un médico norteamericano, con la celebración de la feria “las tiendas de la ciudad resultan insuficientes para almacenar todos los productos acumulados aquí. Debido a ello, se levantan un gran número de chozas, parecidas a los *wigwams* de los indios. Como en las praderas, cuando repentinamente surgía en el desierto una aldea india, casi como un

acto de magia, llenándose de vida y de actividad. Algo semejante ocurre aquí. Las antes polvosas y sucias plazas públicas se llenan de barracas, que inmediatamente lucen repletas de mercancías, toda clase de chucherías y baratijas. Estos comercios temporales invaden no sólo las plazas, también las calles que desembocan en ellas.”

La Plaza de Armas se colmaba de puestos de comerciantes, pero también de muchos garitos. En “una increíble variedad de juegos de azar”, escuchábase constantemente “el sonido del dinero, el de los dados rodando y las exclamaciones de los tahúres, quienes gritan continuamente tan alto como se los permiten sus gargantas: ‘¡Aquí está el rey! ¡Aquí está la sota! ¡Ahora viene el águila!’”

Años después, en febrero de 1913, luego de arengar a la gente desde el balcón del Palacio de Gobierno, don Venustiano Carranza salió por la puerta principal del edificio, bajó a la plaza y se dirigió a su casa en la calle de Hidalgo. Después montó su caballo prieto de gran alzada y salió a iniciar la que los historiadores nombran Revolución Constitucionalista.

Durante décadas, dos veces por semana, el paseo lo ocupaba gente nada belicosa. Asistían a las serenatas ofrecidas por la Banda de Música del Estado. Muchachos y muchachas caminaban en columnas separadas. Ellas en el sentido del reloj; ellos, en sentido contrario. Esto les permitía encontrarse en cada vuelta y hacerse carantoñas. Innumerables romances nacieron oyendo las notas de “Poeta y campesino”, mientras el director de la banda, don Pompeyo

Sandoval, disfrutaba de un vaso de heladísima agua de piña bajo uno de los arcos de la acera norte. La serenata terminaba a las 10 de la noche, hora en que las jóvenes saltillenses salían corriendo a sus casas “como codornices al escopetazo”, según sabrosa expresión de un querido primo de quien esto escribe. Las muchachas decentes no andaban en la calle después de las 10.

Romance, soldados, asonadas, serenatas, tahúres, corridas de toros, patrióticos “gritos” del 15 de septiembre, multitudinarias fiestas del Santo Cristo, niños jugando a la pelota, ancianos en espera del ocaso, el de la tarde y el de sus vidas, algún gobernador revolucionario, villista para más señas, disparando desde las ventanas de Palacio a las urracas que tenían la mala suerte de posarse en los árboles del paseo, presurosos burócratas rumbo al trabajo, parejas pares, diría López Velarde, copando las bancas, borrachos desplomados junto a una ninfa metálica después de una turbulenta noche de vino y de rosas en la cantina Jockey Club, blancas novias alborozadas y severos ataúdes entrando a Catedral. De todo ha visto nuestra plaza, incluso actos circenses como el del “Hombre mosca”, quien se trepó por la fachada y subió hasta la cruz de la torre mayor, así como el espectáculo a cargo de una compañía alemana de motociclistas. Bueno, hasta el suicidio de un hombre que se lanzó al vacío desde la parte más alta del churrigueresco frontis catedralicio. De todo...

De todo ha visto, pero de los espectáculos más tristes e impresionantes de los que ha sido escenario, ocurrió el 19 de septiembre

de 1847. Las tropas norteamericanas ocupaban Saltillo e imponían su ley. Ese día, un soldado del ejército invasor, Abner Doubleday, a quien algunos consideran el inventor del beisbol, atestiguó por primera vez una ejecución. Sobre una carreta colocada en la plaza, cinco mexicanos, “notorios asesinos y ladrones”, dice Doubleday, esperaban la muerte. Encima de ellos, de una viga sostenida por dos postes pendían cinco sogas colocadas alrededor de sus cuellos.

“Fueron condenados de manera sumaria a morir ahorcados.” Ni siquiera hubo juicio. Se les declaró culpables del asesinato de tres soldados de Mississippi, en Rinconada, camino a Monterrey. Encontrarles algunas pertenencias de los asesinados fue prueba suficiente, aunque, comenta Doubleday, ningún mexicano declaró en su contra, pero sí muchos hablaron a su favor.

Ante el temor de disturbios, decenas de soldados invasores rodearon la plaza colmada de gente.

“Los cinco llevaban pañuelos atados en la cabeza y fumaban puros.” Sólo uno de ellos se confesó. Los otros cuatro decidieron morir sin hacerlo. Varios sacerdotes “ricamente ataviados” se colocaron frente al único que se confesó, quien respondía a las oraciones persignándose.

“Con gran serenidad y sin evidenciar ninguna emoción, uno de ellos encendió su cigarro con el de su compañero de al lado”, mientras en voz alta se dirigía a algunos de los presentes para despedirse.

Momentos después dieron al conductor del carro la orden de avanzar. “Los cincos quedaron en el aire balanceándose y estremeciéndose.” Las campanas de las iglesias comenzaron a sonar “y la plaza se llenó con los gemidos y gritos desgarradores de los parientes de los muertos.” El racimo de ejecutados dio a la plaza el más patético aspecto que haya tenido nunca. En el mismo lugar donde ahora ese niño corre persiguiendo a las palomas, un día colgaron los cuerpos de cinco mexicanos.

La llave de la ciudad

El Mirador

Desde la Plaza México, popularmente conocida como El Mirador, la vista abarca la vasta amplitud del valle. En días claros, transparentes, abrigada por las sierras se distingue la mancha verdinegra de Arteaga, y a lo lejos, al noroeste, azulea el cerro chato de Mesillas. En El Mirador termina la mesa de Arizpe y principia el empinado descenso a la planicie. Muchos años atrás, los viajeros llegados por el camino de Zacatecas o el de Palma Gorda no veían a Saltillo sino cuando estaban prácticamente encima de ella. “Desde la hacienda [de Aguanueva] se descubre el valle, pero no la ciudad, por hallarse al pie de una loma (cubierta de toba caliza) situada de tal manera que sólo se ve cuando se topa uno con las últimas casas”, escribió en 1827 el sabio suizo Jean Louis Berlandier.

Similar encuentro con Saltillo experimentó en 1847 Abner Doubleday, miembro del Ejército Norteamericano que invadió nuestro país: “Mientras se aproxima uno a Saltillo desde Buena-vista, no se ve la población, hasta que de pronto se extiende a los pies del viajero circuida de montañas. Toda la ancha planicie está salpicada de villas y ranchos de casas blancas. El efecto que hacen es muy bello. Donde yo estaba se domina la ciudad y, militarmente hablando, es la llave de la misma.”

Esa condición de llave de la ciudad no pasó desapercibida a los estrategas del ejército invasor. En los terrenos de lo que hoy es El Mirador levantaron el que por mucho tiempo fue conocido como Fortín de los Americanos, uno de los dos fuertes que daban a Saltillo un ligero, casi imperceptible, aire castrense. El otro, el de Carlota, lo construyeron los franceses durante la Intervención sobre un promontorio rocoso al sur de la hoy calle de Morelos. Ninguno de los dos existe ya.

Del Fortín de los Americanos se conservaban todavía, en la ya mi muy lejana niñez, varios paredones de adobe utilizados por los vecinos, no para defenderse de los enemigos, sino para actos menos heroicos, como hacer sus necesidades. Esas paredes a punto del desplome constituían, junto a la capilla de Landín, las únicas ruinas de la ciudad dignas de la curiosidad de niños y adolescentes imaginativos.

En el sitio donde hoy las parejas se toman *selfies* con Saltillo de telón de fondo, muchos murieron, y el primer teniente de la Batería Webster del Ejército Norteamericano, Isaac Bowen, pasó uno de los peores inviernos de su vida. Encargado de dirigir las obras de construcción del pequeño fuerte, vivía en una tienda de campaña que mal resistía los vientos helados y las ventiscas.

El invierno de 1844-1847 fue terrible. Presos de la desesperación, hambrientos, andrajosos y ateridos, los soldados de Santa Anna que partieron de San Luis Potosí hacia La Angostura a enfrentar a

los estadounidenses “prendieron fuego a un bosque de palmas.” Esto se cuenta en los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*. “La llama —agregan los *Apuntes*— trepó incendiando las copas, y un océano de fuego se improvisó con sus olas horribles.” Era preferible tatemarse que congelarse.

En febrero de 1847, tiritando de frío, las ráfagas de viento a punto de hacer volar por los aires la frágil casa de campaña, Bowen escribió una carta a su esposa:

Durante los últimos cinco días he experimentado todos los caprichos del clima. El miércoles por la noche se formó una capa de hielo de una pulgada de espesor en mi cubeta de agua. La noche del jueves nevó y a la mañana siguiente se presentó ante mis ojos un paisaje distinto, el del manto de nieve cubriendo las montañas y el valle. Esta noche tenemos una lluvia helada y el viento sopla con suficiente fuerza como para hacer jirones mi vieja tienda. Si tomamos todo esto en consideración, creo que me sea permitido sentirme infeliz... Sí, bastante miserable.

El Fortín mereció la aprobación de los superiores de Bowen. Lo llamaron Fuerte Webster en honor de Lucien Bonaparte Webster, comandante del cuerpo al que pertenecía su constructor. Tres compañías de rifleros de Mississippi resguardaban el punto.

Después de la Batalla de La Angostura, en febrero de 1847, ante la fortificación pasó camino a Saltillo el tétrico desfile de carretas cargadas de muertos y heridos. En 1977, al construirse la plaza, se hallaron restos de soldados norteamericanos. La identificación de su nacionalidad fue posible gracias a la botonadura de los uniformes. Las osamentas fueron repatriadas discretamente a Estados Unidos en un avión militar.

También el coronel y gobernador de Coahuila, Victoriano Cepeda, consideró el valor estratégico de la instalación militar y se dispuso a defenderla. El 25 de junio de 1871 hubo elecciones. Benito Juárez obtuvo el triunfo y se reeligió como presidente de la República. Muchos antiguos partidarios del Benemérito le dieron la espalda. Sospechaban que don Benito intentaba eternizarse en el poder. El tufo a dictadura provocó fuertes reacciones, algunas violentas. En Oaxaca, el general Porfirio Díaz lanzó el Plan de la Noria, desconociendo a Juárez, y encabezó el enésimo levantamiento registrado en México durante el siglo XIX. Díaz no fue el único. En Zacatecas, el general Trinidad García de la Cadena protestó a balazos la candidatura de don Benito. Otro general con brillante hoja de servicios, Jerónimo Treviño, gobernador de Nuevo León, hizo eco al repudio provocado por la reelección.

Treviño, dice uno de sus biógrafos, “en el lapso que transcurrió entre el movimiento de Reforma y la restauración de la República, se dedicó con pasión a la defensa de la patria, al lado de estrategias

militares como Juan Zuazua y José Silvestre Aramberri.” En defensa de la Reforma participó en numerosas batallas. Durante la Intervención Francesa, en 1863, combatió en el Sitio de Puebla a las órdenes del general Mariano Escobedo. También sirvió bajo el mando de Porfirio Díaz en el Istmo de Tehuantepec, lo cual quizá influyó en su adhesión al futuro dictador.

Mientras Treviño era gobernador de Nuevo León, Victoriano Cepeda, antiguo profesor de matemáticas y filosofía, lo era de Coahuila. Sus encontradas posiciones políticas los convertirían en enemigos, pues Cepeda, juarista sin fisuras, se opuso a Díaz. Apoyado por los también nuevoleonenses Francisco Naranjo y Pedro Martínez, así como el eximperialista Julián Quiroga, el general Treviño se lanzó sobre Saltillo, el reducto juarista más cercano a Monterrey. Era el mes de noviembre de 1871.

Don Fernando Robles, tío de Vito Alessio Robles, formaba parte del ejército nuevoleonés y contaba a su sobrino los pormenores del cerco puesto a Saltillo por seguidores del Plan de la Noria. “El asedio —rememoraba don Fernando— duró aproximadamente tres semanas.” Los jefes sitiados eran, además de Victoriano Cepeda, el general Florentino Castillo y el coronel Sánchez Rivera. “Hubo bombardeo de la ciudad, que se sostuvo enérgicamente durante tres días, pues las fuerzas defensoras lograron rechazar los reiterados ataques de Treviño y del general Pedro Martínez contra el Fortín de los Americanos, que se consideraba la llave de la ciudad por estar

situado en posición muy dominante al sur de Saltillo e inmediato al manantial que abastece de agua a la ciudad.”

Don Fernando, hombre de campo, era propietario del rancho de Mesillas. “Mi tío —continúa Alessio Robles—, que a pesar de sus 60 años se mantenía vigoroso y montaba a caballo como un centauro, gustaba mucho, como todos los viejos soldados, de contar hazañas, aventuras y luchas. Animándose su faz morena, en la que lucían unos ojos grandes y vivos y una cabellera y bigote entrecanos, me refería que en 20 días Treviño había perdido mucha gente, que Pedro Martínez, con su valor reconocido y su habitual audacia había fracasado.”

Cepeda y los suyos resistían en el Fortín y en otros puntos de la ciudad. El desaliento comenzó a invadir a los atacantes. Comprobada la ineficacia del cañoneo y de los continuos asaltos a las posiciones juaristas, Treviño y sus allegados empezaron a considerar la conveniencia de emprender la retirada. Estaban a punto de hacerlo cuando llegó Julián Quiroga, quien al percatarse del desaliento de los jefes y de la tropa “pidió se aplazara la resolución, ya casi tomada, de levantar el sitio y solicitó 100 dragones para efectuar un reconocimiento y ofrecía, para antes de la puesta del sol, proponer lo que debía hacerse.”

Julián Quiroga posee una biografía novelesca. Fue un hombre camaleónico de lealtades inconstantes: reformista, juarista, antijuarista, antiimperialista, imperialista, porfirista y también antiporfirista. Nació en la afamada capital mundial del machacado con

huevo: Ciénega de Flores, Nuevo León, en 1829. Siendo muy joven se alistó en la Guardia Nacional. Participó en numerosas acciones durante la Revolución de Ayutla, replicada por Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León, con el Plan de Monterrey. Se unió a los liberales en las Guerras de Reforma, ganando prestigio y ascensos militares. Combatió a la Intervención Francesa, pero después, leal a Vidaurri, se adhirió con él al Imperio. Sirvió al gobierno de Maximiliano, quien le concedió la Orden de Guadalupe y el despacho de general de brigada. A la caída del Imperio se refugió en Texas. Amnistiado en 1870, volvió al país.

Luego de llegar a Saltillo, y que él y su tropa “tomaron un frugal rancho a mediodía”, se lanzó intrépido a la cabeza de su hueste siguiendo la línea de circunvalación establecida por los sitiadores. “Amagó a los juaristas parapetados en la iglesia del Calvario [inmediata al poniente del paso a desnivel en el que la calle de Allende se vuelve bulevar Carranza], en el Fortín de los Americanos y las posiciones llamadas de la ‘Marqueta’ [actualmente la Plaza Madero, en la esquina de Aldama y General Cepeda], y otras más.” Al baldío que ahora es la Plaza Madero, lo llamaban de la “Marqueta” por instalarse allí un mercado al aire libre. Su nombre es una deformación, vocablo del *spanglish*, vaya, derivado de la palabra inglesa *market*. Allí terminaba entonces la ciudad.

“A las seis en punto regresó Quiroga con su pequeña tropa, mermada por las bajas resentidas durante el reconocimiento.

Cubierto de polvo y ennegrecido por el humo de la pólvora, apenas se podían apreciar los rasgos casi perfectos de su cara de criollo.”

De regreso al cuartel, dijo al general Treviño:

—Mi general, para antes de las cinco de la mañana el Saltillo estará en nuestro poder.

—¿Por dónde atacaremos? —interpeló el general en jefe.

—Por el Fortín.

A las 10 de la noche, Quiroga lanzó a sus hombres contra El Calvario, lo que obligó a los defensores de la ciudad a concentrar tropas en ese lugar, temiendo cediera ante el empuje de los sitiadores. “A eso de las doce, el mismo Quiroga, dejando a sus tropas empeñadas en el ataque al Calvario, tomó el mando del grueso de los sitiadores y tras un vigoroso ataque de corta duración, se apoderó del Fortín.” La ciudad era suya.

El 5 de diciembre de 1871 la capital de Coahuila amaneció en poder de Jerónimo Treviño. El general Victoriano Cepeda había logrado abrir una brecha en el sitio y se retiró hacia Parras. La guarnición de la plaza, al mando del general Florentino Carrillo, capituló. En la Marqueta, Carrillo entregó a los vencedores su espada, las armas y demás pertrechos militares.

Hoy, casi medio siglo después, en las bancas existentes en los antiguos terrenos de la Marqueta, jóvenes parejas de enamorados,

posiblemente sin conocer los versos de García Lorca, confabulan deseos cuando la noche se pone íntima, como una pequeña plaza... igual de pequeña e íntima que la placita Madero.

El levantamiento de Porfirio Díaz, secundado por García de la Cadena y Treviño, fracasó. Don Benito se mantuvo en la presidencia hasta su muerte, en julio de 1872. Obstinado en ocupar la Silla del Águila, Díaz no se dio por vencido. En 1876 lanzó un nuevo plan, el de Tuxtepec, rebelándose contra el presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Esta vez tuvo éxito y pudo sentarse en la codiciada silla, la cual no abandonaría durante más de tres décadas.

Quiroga, quien apoyó a Díaz en 1871, lo combatiría en 1876, derrotando a las fuerzas de su ex jefe Jerónimo Treviño en Icamole, donde se dice que Díaz lloró. Enjugándose las lágrimas, irónicamente preguntó al general Treviño: “¿No decían que los de Nuevo León no pierden?” A lo que Treviño respondió: “¿Acaso Quiroga es de Oaxaca?”

La muerte de un héroe

Esquina de Hidalgo y Juárez

Se cansó de retar a la muerte en Zacatecas, en Silao, en Calpulalpan, en Puebla y en otra decena de lugares, pero vino a morir a Saltillo... y en su cama. Eran las cuatro y media de la mañana del 28 de febrero de 1881. Uno de los personajes más controvertidos de la época de la Reforma acababa de fallecer en la planta alta de la casona situada en la esquina sudoeste de las calles de Juárez e Hidalgo. ¿Pero a quién se le ocurre morir en la calle bautizada con el nombre de su peor enemigo? Sólo a Jesús González Ortega.

Apenas un mes antes lo había rehabilitado en forma oficial el presidente Manuel González. Una de sus últimas satisfacciones: morir con las insignias de divisionario. No fue ningún acto de generosidad del *Manco*, el compadre de Porfirio Díaz. Desde hacía muchos años él se había ganado churchilianamente, con sangre, sudor, lágrimas y una gran dosis de valor, el más alto grado del ejército.

¿Qué pensaría en sus últimas horas? ¿Recordaría el cielo cruel y la tierra colorada de su Zacatecas natal? ¿Pensaría en Miguel Miramón, a quien venció tantas veces? ¿Volverían desde un lejano rincón de la memoria los penosos sesenta y dos días, cuando defendió casa por casa la ciudad de Puebla del embate francés? ¿En

el delirio no se le aparecería el rostro granítico de Juárez para amargarle también la despedida del mundo? Pudo ser: en una vida como la suya, caben tantos recuerdos.

El doctor José María Barrera, quien suponemos le atendió en su enfermedad, diagnosticó “padecimiento del cerebro y de la médula” como causa de la muerte. ¿Meningitis? ¿Un tumor? De acuerdo al acta de defunción levantada por el juez civil Timoteo Valdés —cuyo escribiente, dicho sea de paso, tenía pésima letra—, es muy probable que en el momento de expirar estuvieran junto a él su hijo Lauro y su hermano Joaquín González Ortega, coronel del ejército. El general era viudo.

Fue un hombre de extremos, la antítesis del frío y calculador Benito Juárez. “Audaz, arrebatado, lleno de fervor y exaltación, poeta a ratos, profundamente sensual y galante, pero capaz de actos de suprema energía en el campo de batalla y de generosidad suprema en el campo de la victoria.” Así lo describe Guillermo Prieto. Siendo muy joven, Justo Sierra lo conoció en la plenitud de su gloria, todavía frescos los laureles de Calpulalpan. Viajaban en la misma diligencia. El general llevaba un traje de charro color gris sobriamente bordado en plata. “La tez morena, clara, pálida, sus hundidos ojos penetrantísimos y brillantes, risueños y dulces a veces, su cabello rizado por su barbero, los bigotes muy engomados bajo los gruesos pómulos y la boca sensual, daban a su figura un sello inolvidable.”

Las fotografías lo delatan. No ve a la cámara, posa artificialmente de tres cuartos. Nariz poderosa, ligeramente aguileña, fija la profunda y desafiante mirada en el horizonte. Mentón fuerte y barbilla pronunciada, bigotes enhiestos, cabellera impecablemente peinada, obra, afirma Sierra, de la maestría del barbero. Es evidente la preocupación por la apariencia. No era gratuito el adjetivo de galante que le dedicara Prieto.

González Ortega había nacido el 20 de enero de 1822 en la Hacienda de San Mateo de Valparaíso, Zacatecas, a unos 150 kilómetros de la capital del estado. Comenzó estudios de Jurisprudencia en Guadalajara. No los terminó, pues hubo de regresar a Valparaíso. Su familia se mudó después a Teúl, donde el joven Jesús se ganaba la vida como amanuense. Ascendería a secretario del Ayuntamiento y luego a juez. Como buen número de hombres de la Reforma, manejaba igual la pluma que la espada. Escribió para los periódicos y editó un semanario, *La sombra de García*, nombre inspirado en la figura de Francisco García Salinas, gobernador de Zacatecas de 1829 a 1834. Liberal de cepa, García Salinas fundó un banco estatal cuyo capital provino de la renta del tabaco, la tercera parte de los diezmos y “el valor de todas las obras pías, cualquiera que sea su objeto, que consistan en fincas rústicas, bienes muebles, huertas y terrenos de cualquier clase.”

Se entiende la devoción por García Salinas. El liberalismo anticlerical de González Ortega no conocía límites. Todavía hoy a los

zacatecanos les duele que haya dejado desnudo el interior de esa joya que es la Catedral. Urgido de dinero para sostener la lucha contra los conservadores, cargó con todos los objetos de valor, incluyendo vasos sagrados y, según parece, de pasada destruyó altares e imágenes de santos. Para remediar en algo la fría desnudez del vasto recinto catedralicio, en el año 2000 se encomendó al escultor Javier Marín el diseño y ejecución de un retablo cuya modernidad —prueba de su genio— no desentona con el edificio barroco.

Cuando gobernaba Zacatecas, en 1859 puso en vigor la ley de libertad de cultos antes de que el Congreso Federal la aprobara. En furibundos decretos culpaba al clero de mantener al pueblo en la ignorancia y provocar las discordias nacionales utilizando “el oro corruptor.” Pero gracias a las nuevas leyes liberales, aseguraba, ya se podía hasta blasfemar impunemente: “[...] libertad absoluta para dirigir nuestras deprecaciones a la Divina Providencia sin que la ley civil nos lo prohíba.” Esto, como es natural, le atrajo el odio del clero y le enajenó la voluntad de la población católica. “Guerra a la iglesia y a la sociedad”, anunciaba el titular de una noticia publicada entonces por cierto periódico centralista: “Insertamos a continuación un decreto espedido [*sic*] el 16 de junio último en Zacatecas por el cabecilla Ortega, que funge allí de gobernador constitucionalista, y que inaugura el reinado de terror en aquel desgraciado departamento.”

¿Por qué decidió pasar los últimos trece años de su vida en Saltillo? Es un misterio. Sólo caben suposiciones. ¿Lo consideró el

lugar adecuado a su deseo de retirarse de la vida pública, lejos del centro del poder y apartado de Zacatecas, donde su feroz anticlericalismo mantenía encendidos los rescoldos del odio entre sus numerosos malquerientes? ¿Acaso el motivo fue un cansado amor que llegó tarde al corazón de aquel galán a punto de cruzar el umbral de las seis décadas? Especulaciones, puras especulaciones.

Lo cierto es que vino a la capital de Coahuila en agosto de 1868, después de permanecer preso en Monterrey. El Congreso lo acusó de salir del país “sin autorización, ocupando el puesto de presidente de la Suprema Corte de Justicia, y de abandonar las tropas a su cargo.” Probablemente esa fue la gota que derramó el colmado vaso de sus infortunios. Ya era demasiado.

La bête noire del Benemérito

Sus relaciones con Juárez fueron una explosiva mezcla de aversión, competencia y desconfianza. Sin medias tintas, Guillermo Prieto escribió: “Juárez le tenía una tirria inmensa al general Jesús González Ortega, lo mantenía con un presupuesto mínimo para el sostenimiento de su ejército, para ver si lo aniquilaban los conservadores[...].” Pero la victoria conseguida en los llanos de Calpulalpan, el 22 de septiembre de 1860, donde quebró la columna vertebral del partido conservador, lo catapultó a la cima de la popularidad. El mismo Prieto describe la entrada triunfal del general victorioso a la Ciudad de México el 1 de enero de 1861:

El pueblo en general mostró el mayor entusiasmo, las dianas sonaban por todas partes, el estallido de los cohetes era abrumador, mayor de las fiestas patrias; de los balcones profusamente adornados caían cortinas de flores multicolores traídas del canal de la Viga[...] de la garita de Belén, por donde entrarían las tropas triunfadoras del coloso González Ortega, se agolpaba la gente en tales multitudes [...] los coches con damas hermosas, los caballos montados por hombres vestidos de gala, los niños cabalgando en los hombros de sus extenuados e insolados padres, nadie quería perderse ese momento mágico[...]

En recompensa fue designado ministro de Justicia en el gobierno de don Benito, cargo al que renunciaría, según algunas versiones, debido a desacuerdos con el presidente. Otros explican la dimisión por fricciones con el resto de los miembros del gabinete. La popularidad conseguida gracias a sus éxitos en el campo de batalla lo alentó a presentarse como candidato a la presidencia de la República. Pero el 2 de julio de 1861 el político se impuso al militar: perdió la elección enfrentando a Juárez. Sin embargo, el Congreso lo nombró presidente de la Suprema Corte de Justicia. Ese cargo lo colocaba en el umbral de la presidencia. La ley preveía que al faltar el Jefe del Ejecutivo lo sustituyera el presidente de la Corte. Tal

disposición legal acabaría de envenenar las relaciones del zacatecano con el oaxaqueño.

México vivía tiempos tormentosos. El año de 1861 resultó fatídico para la causa liberal. No obstante la derrota de Miramón, Leonardo Márquez, el *Tigre de Tacubaya*, mantuvo en alto el banderín conservador, junto a Félix Zuloaga. El Tigre operaba en el Bajío y ese año de '61 acabó con tres baluartes de la cúpula reformista: Melchor Ocampo, Leandro Valle y Santos Degollado. A don Melchor lo colgó de un pirul; Valle y Degollado murieron combatiéndolo. Comisionado para luchar contra Márquez y Zuloaga, con el apoyo de Porfirio Díaz acabó con ambos en Jalatlalco, estado de México, el 14 de agosto. En sus memorias, Díaz hace un pormenorizado relato del combate. Durante la campaña, el hijo de Valparaíso, Zacatecas, dio una muestra más de su rabioso anticlericalismo: aprehendió a los sacerdotes de Irapuato y los incorporó a sus filas, para que ellos, “que predicán y sacrifican el derramamiento de sangre”, supieran lo que era una guerra civil.

La situación del gobierno empeoraba. En septiembre del año siguiente, entre furibundos y asustados, cincuenta y un diputados pidieron a gritos la dimisión del presidente, proponiéndole dejara la silla a González Ortega. Aunque se estaba quedando sin diputados y sin generales, don Benito se mantuvo en el poder apuntalado por unos cuantos legisladores. Alegando falta de apoyo, el zacatecano abandonó la persecución de Mejía que había emprendido. Se retiró

a la capital de su estado en franca rebeldía. Zaragoza y Degollado lo convencieron de rectificar su actitud.

Además de perder generales y diputados, don Benito también se quedó sin dinero. Con las arcas vacías decretó la suspensión de pagos de la deuda extranjera. Napoleón III aprovechó la oportunidad y Francia intervino con el proyecto de hacer de México un imperio gobernado por Maximiliano de Habsburgo. El conde de Lorencez, jefe de la columna expedicionaria, pensó que la conquista del país sería un día de campo. La soberbia fue su ruina. El 5 de mayo de 1862 se topó en Puebla con Ignacio Zaragoza. Tras el vergonzoso fracaso de Lorencez, los galos retomaron la ofensiva el año siguiente. González Ortega, al mando del Ejército de Oriente después de la prematura muerte de Zaragoza, se atrincheró en la capital poblana, dispuesto a defenderla y evitar el avance de las tropas invasoras hacia la capital del país. En condiciones heroicas, los soldados mexicanos soportaron un sitio prolongado dos meses. Sin víveres ni dinero, sacrificaron hasta las mulas para no morir de hambre. Todo inútil. El general en jefe rindió la plaza el 16 de mayo de 1864. Al negarse a firmar el compromiso de no volver a luchar contra los invasores, fue hecho prisionero con la idea de enviarlo a Francia, pero logró escapar.

El de 1864 fue para él un año funesto. Siguió al frente del ejército sólo para sufrir desastrosas derrotas en Durango y en La Estanzuela. Intentó regresar a Durango por la revancha, únicamente para perder a la mayoría de sus hombres en la batalla de Majoma.

Tras la caída de Puebla, despejado el camino, los franceses marcharon hacia la capital. Juárez abandonó la Ciudad de México e inició el largo peregrinar que lo llevaría hasta Paso del Norte, último rincón del suelo mexicano. Durante la travesía, en 1864 Saltillo figuró como escenario de otro round de la pelea del oaxaqueño con González Ortega. Una comisión entrevistó al Benemérito cuando se encontraba en la capital de Coahuila, sugiriéndole abandonar la presidencia y dejar a González Ortega al frente del Ejecutivo Federal, como legalmente le correspondía al estar por concluir el periodo para el que don Benito había sido elegido. Don Benito se negó. Adujo el estado de excepción por el que atravesaba la República. Al acercarse el fin del mandato legal de don Benito, cuyo periodo terminaba el 30 de noviembre, González Ortega viajó a Chihuahua, capital provisional de la República, exigiendo que el oaxaqueño dejara el Poder Ejecutivo. Tampoco esta vez obtuvo una respuesta positiva. Poco después, en Paso del Norte, don Benito oficializaría la prórroga de su mandato, lo cual le enajenó el respaldo de un puñado de sus antes más leales seguidores, entre ellos los generales Miguel Negrete y José María Patoni. Todavía hizo más: acusó a González Herrera de los delitos que justificara su aprehensión en Zacatecas. La brecha entre ambos se volvió insalvable.

El frustrado aspirante a la silla presidencial optó por el exilio. Residió en Nueva York, donde formó parte del Club Liberal que reunía a un puñado de brillantes exiliados mexicanos, entre ellos

Francisco Zarco. La Gran Manzana, se asegura, fue escenario de sus correrías de *bon vivant*, cliente asiduo del famosísimo restaurante Delmónico's, reputado como uno de los más exclusivos de la ciudad.

Pero no era hombre que se rindiera fácilmente. Intentaba regresar a México en 1866 a reclamar su derecho a la presidencia cuando lo detuvieron autoridades norteamericanas. Veinte días después logró cruzar la frontera y publicar un manifiesto contra Juárez. Acompañado del general José María Patoni pudo llegar a Zacatecas el 8 de enero de 1867. Se presentó ante el gobernador Miguel Azua con la pretensión de ser reconocido como presidente sustituto de la República. En lugar de reconocerle tal título, Azua lo aprehendió en marzo y lo mandó preso a Monterrey. Para condenarlo, el Congreso Federal recicló las acusaciones hechas por Juárez en Paso del Norte: abandonar sin permiso la presidencia de la Suprema Corte y a sus tropas. Elegido diputado, el 8 de julio recobró la libertad. No se presentaría en la Cámara.

Finalmente dejó la política publicando un manifiesto de sumisión al gobierno, y vino a radicar a Saltillo. Decepcionado, sin ocultar la amargura, redactó el triste epitafio de su vida pública: “He quedado, pues, solo, absolutamente solo y sin más círculo que el que forma una conciencia tranquila. ¿Es conveniente, es justo, retener títulos en nombre del pueblo, cuando ese mismo pueblo no ha querido salvarlos ni reconocerlos?”

Estimación y respeto

El mismo día de su muerte, 28 de febrero de 1881, como noticia de última hora, el *Periódico Oficial del Gobierno de Coahuila de Zaragoza* publicó:

Hoy a las cuatro y media de la mañana ha fallecido en esta ciudad el General de División Jesús González Ortega, víctima de una enfermedad que, hacía algunos días, lo tenía postrado en el lecho del dolor. La República acaba de perder uno de los más esforzados y valerosos campeones de la Reforma, y en demostración de duelo público por tan sensible [sic] e irreparable pérdida, tanto el Gobierno como las autoridades oficiales de la federación, y las municipales, han dispuesto lo conveniente, y nombrado oradores oficiales, para que tributen el merecido elogio a los esclarecidos hechos y virtudes republicanas de aquel ilustre patriota.

El cuerpo fue embalsamado, al parecer no correctamente, y hubo de hacerse de nuevo el proceso para preservarlo. La ceremonia fúnebre se realizó el día 2 de marzo, iniciándose a las 10 de la mañana. “El cadáver, depositado en un ataúd forrado de terciopelo negro, fue conducido a la puerta del panteón principal de la ciudad.” Autoridades del gobierno del estado, del municipio y de la federación, así

como un grueso número de militares, formaban el cortejo. Debíó de ser una ceremonia larguísima, pues por la tribuna desfilaron seis oradores. El licenciado Antonio García Carrillo, uno de ellos, antes de principiar el recuento de la vida y las hazañas del difunto hizo la obligada reflexión acerca del inexorable destino del hombre, esa débil caña pensante, que dijera Pascal, y el dolor por la desaparición de un personaje de la talla del fallecido.

“Cuando el inflexible reloj de los tiempos marca la hora de uno de esos escasos seres que el cielo predestina para servir a la causa sagrada de pueblos, estos se conmueven hondamente, y en las manifestaciones solemnes de su dolor procuran medir, ya que llenar sería imposible, el vacío que dejan en la sociedad a la que consagraron los amantes desvelos de su vida.”

García Carrillo repasó uno a uno los servicios a la patria prestados por el general y sus no pocas desventuras. Habló asimismo de la existencia casi monacal que llevó en Saltillo: “[...] vivió recluso, y como huyendo de la sociedad, cuyo gobierno había correspondido tan malamente a sus grandes y meritorios sacrificios.”

El orador subrayó cómo “en su voluntario aislamiento, ejerció la virtud sublime de la caridad, derramando beneficios y enjugando las lágrimas de muchos desgraciados.” Según García Carrillo, González Ortega dedicaba la mayor parte del tiempo a “buenos libros, únicos amigos que le acompañaban, dulcificándole las amarguras del ostracismo, y a escribir[.]” Todo indica, y no hay razón

para dudarlo, que el general encontró en la capital de Coahuila “la estimación y el respeto de cuantas personas le trataron, y el pueblo que le diera albergue le dispensó siempre los miramientos a los que era acreedor por sus relevantes cualidades, le vio como un héroe a quien la patria le debe importantísimos servicios, y le prodigó las caricias de la sincera simpatía que le inspiraba su inmensa desgracia.”

“Terminado el acto, el cortejo fúnebre se despidió, partiendo el carruaje que conduce los restos del ameritado general a Zacatecas, y escoltado por una fuerza del 9º Cuerpo de la Federación.” Hoy reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón de Dolores de la capital del país.

En el muro norte de la casa donde murió, el frontero a la Plaza de Armas, hoy galerías de la Secretaría de Cultura, el Gobierno de Coahuila hizo colocar en 1981, centenario de su muerte, una placa conmemorativa del hecho luctuoso. La placa desapareció y al perderse se borró de la memoria colectiva el final de uno de los personajes más destacados y controvertidos de la Reforma, cuando, diría don Justo Sierra, hubo hombres que parecían gigantes.

Un festín poco académico

Antiguo Ateneo Fuente

Adustos, los viejos profesores del Ateneo Fuente cruzaban el patio de la institución con pasos lentos. Iban impecablemente vestidos: levita gris, pantalón a rayas, chaleco, bombín o sombrero de copa y la cadena de oro del reloj de molleja trazando una curva dorada a la altura del abdomen. Al aproximarse el maestro, los corrillos de estudiantes guardaban silencio. Se respiraba una atmósfera de respeto y estudio. El prefecto, ya fuera don Julio Martínez o don Miguel López, semejaban halcones recorriendo con la vista el patio, prestos a silenciar a cualquier escandaloso sobre cuya cabeza pendería, cual espada de Damocles, el temido “reporte a la dirección”. Pero cierta noche de diciembre aquel austero ambiente académico, casi monástico, se transformó en bosque lleno de música, risas, abrazos, brindis, poesía y discursos. Solícitos meseros iban de mesa en mesa sirviendo champaña, jerez y los más finos caldos de Francia. Por una noche, el Ateneo Fuente dejó de ser claustro del saber, el más prestigiado centro de estudios coahuilense, para transformarse en un improvisado y exótico restaurante que dio cabida a trescientos comensales.

El 15 de diciembre de 1889, enmarcada en una fiesta popular nunca antes vista, el coronel José María Garza Galán rindió protesta

como gobernador de Coahuila. Iniciaba un segundo periodo de cuatro años al frente de los destinos del estado. La porfiriana reelección del comanchero de Múzquiz dio lugar a celebraciones apoteósicas. “La ciudad —asegura una almibarada crónica de la época— presentaba un espectáculo conmovedor. Animación y contento, alegría en todos los semblantes; expresiones patrióticas en todos los labios; preciosos adornos en las fachadas de las casas particulares y de los edificios públicos, banderolas, farolillos multicolores en los jardines, juegos hidráulicos en las fuentes; arcos de triunfo en las calles principales[...]”

Nadie recordaba nada igual. Celebración digna de la entronización de un rey, no de un gobernador hipotéticamente elegido por la vía democrática. Todas las fuerzas vivas, como se solía decir, estaban de plácemes. Garza Galán, respaldado por el poderoso grupo de los Científicos, aseguraba la paz y la prosperidad de la entidad, afirmaban sus aduladores.

La normalmente apacible ciudad de Saltillo se inundó de música. Las bandas de la ciudad, de Arteaga y de Ramos Arizpe interpretaban en los parques públicos lo mejor de su repertorio: marchas, vales, contradanzas y canciones populares. Hubo corridas de toros y hasta la Iglesia Católica se mostró jubilosa por la reelección. Celebrando la toma de protesta, se echaron a vuelo las campanas de todos los templos en un concierto de bronces en el que sobresalía la voz grave de la campana mayor de Catedral.

La iniciativa privada de la época ofreció al gobernador reelecto un banquete; otro, el Instituto Madero, escuela sostenida por la Iglesia Bautista, cuyo edificio ocupaba el costado poniente de la placita delimitada por las hoy calles de Aldama, General Cepeda y Castelar.

Las fiestas culminaron con un baile de gala y un suntuoso banquete. El baile se llevó a cabo en el Teatro Acuña, ubicado en la esquina de las hoy calles de Padre Flores y Teodoro S. Abbot. Los señores Enrique Méndez de Vigo y Nicolás A. de Arredondo estuvieron a cargo de la ornamentación, haciendo de la sala “un paraíso digno de las bellezas que asistieron al baile.” Fascinado por la hermosura de las proustianas muchachas en flor, al poeta José T. Viesca se le alborotó la musa y escribió una crónica en verso del festejo:

¿Quién al verlas, amantes y sencillas,
Vaporosas danzar como las hadas,
Con el rubor divino en las mejillas,
No dobla reverente las rodillas
Adivinando a Dios en sus miradas?

Ya encarrilado, Viesca hizo un registro de todas las niñas que adornaron el salón esa noche. El inventario de beldades lo encabezó Ninfa Garza Rich, quien por pura casualidad era hija del gobernador.

¡Caprichos de las musas! Ninfa, dice el poeta, era “luz encendida,/ en el cielo inmortal de la esperanza,/ para alumbrar la noche de la vida.” Además del poder lumínico de la hija del mandatario, “Su voz es dulce como trino de ave,/ Y en su frase gentil tiene la clave/ De la casta elocuencia femenina.” Once años después, cumpliendo con una arraigada tradición saltillense, el Teatro Acuña se incendió el 24 de agosto de 1902.

El banquete fue servido en el Ateneo Fuente, añoso edificio ubicado frente a la Plaza San Francisco, en el espacio donde hay ahora un jardín público. “El edificio del Ateneo, que ocupa un terreno rectangular, tiene una sencilla fachada”, lo describió un alumno de la institución a fines del siglo XIX. “Es de un solo piso y los salones de clase, amplios, bien ventilados e iluminados, tienen todas ventanas a la calle. Las puertas dan a amplios patios, de los cuales el principal, que es extenso, tiene una sencilla fuente en el centro del jardín y anchos corredores con bancas revestidas de ladrillo. Este patio servía en todo tiempo de estudio a los alumnos para la preparación de sus clases.” Una noche, el amplio patio principal de la severa casona, parte del antiguo convento franciscano desaparecido por las Leyes de Reforma, se convirtió en selva.

“En el bosque que se improvisó en el primer patio del Instituto se respiraba ese aroma delicioso que arranca la brisa al pino de follaje espeso, al corpulento sabino que tiende en desorden sus ramas de caprichosa forma, al musgo que borda las peñas donde

el manantial brota[...]”, cuenta, lírico, el anónimo cronista. Para acentuar la sensación de estar en medio de la naturaleza, entre los árboles se colocaron animales disecados provenientes de las colecciones de Historia Natural del colegio.

Por lo solemne de la ocasión, los chefs Hof y Cie prepararon un banquete capaz de enorgullecer al más aristocrático restaurante parisino. Impreso en elegantes tarjetones colocados en cada una de las mesas, los afamados cocineros informaban en francés a los comensales las viandas y vinos que consumirían. (*Menú préparé par Hof y Cie, pour le banquet qui aura lieu le 15 de moi curreant, en l’honneur de la Réélection José Ma. Garza Galán, du Gouverneur de l’Etat de Coahuila de Zaragoza*). Gracias a estos virtuosos de la cocina, los trescientos invitados del gobernador disfrutaron de una comilona digna de Lúculo.

Para “picar”, había un platón de “*Radis* [mariscos en su concha], *Olives* [aceitunas], *Anchois* [anchoas], *Beurre* [tostadas con mantequilla], etc.”

Potage

Soupe aux huitres [sopa de ostras] (o) *Soupe Tortue* [sopa de tortuga], acompañadas de Jerez seco.

Poisson

Poisson frit, sauce tartar [pescado frito en salsa tártara] (o) *Pomes de terre a la Parisiense* [papas fritas a la parisina], servidos con Haut Sauterne.

Igual de exquisitas fueron las entradas (*Entrée*, para los cono- cedores), las legumbres (*Legumes*), el asado (*Riot*): Pavo relleno a la “Saltillera”; las ensaladas (*Salade*) y los postres (*Dessert*). Impre- sionante resultó también el desfile de botellas para acompañar a los platillos y la sobremesa: Medoc St. Julien, Chateau Margaux, Borgoña, licor Chatruse, coñac, champaña y cerveza.

Hubo discursos, poesías y brindis al por mayor a la hora de desear al gobernador toda clase de éxitos en el cuatrienio que comenzaba.

Satisfechos, bien comidos y bien bebidos, los invitados se reti- raron. El coronel Garza Galán iniciaba su segundo mandato bajo los mejores augurios, pero, bien decía Alejandro Rossi, la política es el teatro más rápido del mundo. Cuatro años después, en 1893, intentó reelegirse de nuevo. En esta ocasión no hubo bailes ni banquetes ni farolillos de colores ni música ni tañer de campanas ni corridas de toros ni brindis ni cocineros franceses. Hubo, sí, un repudio generalizado que llegó al levantamiento armado. Garza Galán no se reeligió por segunda vez, incluso hubo de abandonar el gobierno antes de concluir el periodo para el que fue elegido. Así de efímeras son las glorias del mundo, o, como decían los latinos, *Sicut transit gloria mundi*.

Los siete magníficos

La célebre calle de Victoria

Miguel Alessio Robles

La antigua calle del Curato, hoy Guadalupe Victoria, fue durante tres siglos la principal del pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala, comunidad vecina de la villa de Santiago del Saltillo. A modo de frontera, separaba a la villa y al pueblo la acequia que corría por la hoy calle de Allende. En el costado sur de la calle del Curato estaba, y sigue estando, la parroquia, de la que tomaba su nombre. Metros más adelante, al oriente, el convento de los franciscanos. Atrás de la iglesia, el camposanto. Parroquia, casa de gobierno y último reposo constituían el núcleo de la sociedad de San Esteban.

A mediados del siglo XIX, después de que la comunidad tlaxcalteca desapareciera al unirse a Saltillo en 1833, familias saltillenses adineradas adquirieron terrenos y construyeron sus residencias en la ya para entonces llamada calle de Guadalupe Victoria. Ésta disputó a la Hidalgo la supremacía de la elegancia citadina. Hidalgo representaba el abolengo; Victoria, la modernidad.

Como en ninguna otra, en la calle de Victoria nacieron y vivieron tantos saltillenses llamados a sobresalir en el arte, la literatura, la historia y la política. Coincidentemente, todos nacieron en el

corto periodo de veintidós años, entre 1867 y 1889, y a los hogares de sus familias los separaban menos de sesenta metros. Uno de ellos fue presidente de la República, tres sobresalieron como historiadores y dos en la literatura. Para otros dos, incluyendo el futuro presidente de la República, la política constituyó el eje central de su existencia. El séptimo fue pintor. Tres pertenecieron a la Academia Mexicana de la Lengua; dos en calidad de académicos; el tercero como miembro correspondiente. Uno tuvo asiento en la Academia Mexicana de la Historia. Si reuniéramos los libros escritos por seis de ellos, seguramente el número de volúmenes sobrepasaría con mucho los cien. Incluso los dos dedicados a la política dejaron obra escrita.

El mayor del grupo, Francisco de Paula Mendoza, futuro pintor de batallas, nació en 1867, año en que Maximiliano murió fusilado en Querétaro. Federico González Garza, maderista sin fisuras, en '76; el historiador, político y maestro Vito Alessio Robles, en '79; su hermano Miguel, escritor y político, era del '84. El mismo año que Miguel, y en contra esquina de su casa, nació el 24 de enero el cronista de la Ciudad de México, Artemio de Valle-Arizpe. Roque, hermano menor de Federico González Garza, lanzó su primer llanto en marzo de 1885, y el benjamín del grupo, Julio, orfebre de la palabra, llenó de alegría el hogar de los Torri Maynes cuatro años después, en '89. Cuando cambiaban pañales al niño Julio, su ex vecino Francisco de Paula Mendoza, de veintiún años, estudiaba en la Antigua Academia de San Carlos.

Cinco de los siete pertenecían a familias de la clase media. Francisco de Paula Mendoza y Artemio de Valle-Arizpe estaban en los polos opuestos de la fortuna. De padre artesano, quizás carpintero, la familia de Francisco vivía con dificultades. Artemio, en cambio, formaba parte de la reducida élite económica y social de Saltillo. Su padre era considerado “inmensamente rico”.

Francisco de Paula pudo cursar estudios en San Carlos, primero, y después en Francia y en España, gracias a becas concedidas por el gobernador José María Garza Galán. En extraña coincidencia, Garza Galán construyó su residencia en el mismo lugar en el que nació el pintor, donde hoy se halla la oficina de Correos. Es de suponerse que cuando habitaron allí los Mendoza, el enorme terreno lo ocupaban varias viviendas.

Según parece, el gobernador Garza Galán ahorró mucho dinero al hacer su casa en la calle de Victoria, pues, asegura Vito Alessio Robles, “fue construida casi en su totalidad por albañiles, pintores, herreros y carpinteros reclutados en la Penitenciaría del Estado, que salían a trabajar con escolta, y por peones apresados por faltas de policía auténticas o imaginarias, que eran sentenciados por el Jefe Político de Saltillo, licenciado Jesús de Valle [padre del cronista de la Ciudad de México, Artemio de Valle-Arizpe], uno de los hombres de más valía del garzagalanismo[...].” Y con la mala leche acostumbrada, remata: “[...] las únicas obras públicas que entonces se llevaron a cabo en la capital de Coahuila fueron las casas

del señor gobernador y la del señor De Valle”, ésta en la esquina sudoriental de Acuña y Victoria. Don Jesús sería el último gobernador coahuilense del porfiriato.

Como vivía casi al cruzar la calle de Acuña, el autor de *Coahuila y Texas en la Época Colonial* conoció bien al coronel y gobernador Garza Galán, “de recia complexión, color moreno, y de luengas barbas negras.” “Lo veía con frecuencia, fumando constantemente cigarrillos de hoja.” El barbudo gobernador se distinguió combatiendo a los apaches. “En recompensa a sus servicios lo habían hecho coronel de golpe y porrazo”, dice don Vito. Después, protegido por el ministro Romero Rubio, llegó al gobierno de Coahuila. Mal dirigió siete años el estado. Dedicaba más tiempo a la cacería y a perseguir mujeres, descuidando los asuntos inherentes a su cargo. Es fama que en el arte venatorio desplegaba un impecable espíritu deportivo; no así tratándose de féminas, pues muchas de las piezas no las cobraba él sino sus alcahuetes. Las escandalosas andanzas amoratorias del coronel dieron tema a José García Rodríguez para su novela *Las tres hermanas*. Cuando Garza Galán trató de reelegirse por segunda ocasión, en 1893, el repudio general se convirtió en revuelta popular, balazos incluidos.

El padre de los Alessio, don Domingo, inmigrante italiano originario de Tortorella, pueblo trepado en la montaña frente a la bahía de Nápoles, se dedicaba al comercio. También batía cobre y fabricaba cazos. Su tienda estaba en la esquina sudoeste de las calles

de Victoria y de Acuña, como ya se dijo, casi frente a la residencia de los De Valle. Resulta complicado averiguar la situación económica de la familia de los Alessio, pues mientras Vito, quien solía ver las cosas a través de un cristal empañado de pesimismo, habla de pobreza, su hermano Miguel encomiaba las espléndidas comidas ofrecidas a él y sus amigos por su madre, doña Crisanta Robles, cuando regresaba de vacaciones: “[...] macarrones a la italiana, la fritada de cabrito, unas codornices rellenas, un conejo al vino blanco, un pollo en salsa de tomate”, además de dulces exquisitos que “dejaban un recuerdo eterno en los paladares más exigentes y delicados.” Vito, en cambio, aseguraba: “Mi niñez transcurrió tristemente. Casi fui un viejo desde niño. Desde muy joven me sentí presa de preocupaciones, porque conocía al dedillo las estrecheces por las que atravesaba mi familia, y los cuidados y penurias de mi honrado padre los sentía intensamente[...].” Leyendo las memorias de uno y del otro cualquiera acabaría pensando que se criaron en hogares distintos.

Sin negar los problemas económicos enfrentados por su familia, la situación no debió ser tan crítica como la pinta Vito, pues él y sus hermanos asistieron a escuelas privadas, entre ellas el afamado Colegio de San Juan, atendido por jesuitas, al cual “concurrían muchachos de familias adineradas de todos los estados y aun de la capital de la República.”

En cambio, resulta indudable que el destino sí se ensañó con los González Garza. El jefe de la familia, don Agustín G. González,

padre de dieciséis hijos, estaba dedicado al transporte. Poseía varios carros de mulas, pero quebró debido a los malos manejos de uno de sus hermanos, encargado de administrar el negocio. Además, la llegada de la máquina de vapor representó una competencia ruinosa para los lentos carretones. Obligado a cambiar de giro, don Agustín abrió un comercio en el Parián, mercadito situado donde hoy se levanta el edificio de BBVA Bancomer. Después se hizo de una cantina y unos billares. Los negocios rendían lo suficiente para vivir con desahogo en una de las principales calles de la ciudad. Su casa estaba en la acera norte de Victoria, unos pasos al poniente de Acuña. Otros la ubican al oriente de esa calle. En 1884, con días de diferencia, los hermanos González Garza perdieron al padre y a la madre. La angustiada situación económica obligó a disgregar a la familia. Al más pequeño, Roque, lo recogieron unos tíos, mientras su hermano mayor enfrentaba en México los duros retos de sobrevivir, continuar la carrera y ayudar a sus hermanos. Finalmente hubo de abandonar los estudios para sostener a Roque y a su hermana Elisa, quien había quedado viuda.

Por su parte, sin ser ricos, los Torri Maynes gozaban de buena posición económica. El padre era maestro de música. Durante un tiempo ocupó la tesorería municipal de Torreón e instaló en Saltillo una fábrica de pastas. Cuando nació Julio, habitaban en la acera norte de Victoria, treinta o cuarenta metros al oriente de la calle Acuña. La casa, un tiempo ocupada por un restaurante dedicado

a la venta de pollos rostizados —lo cual hubiera hecho sonreír a don Julio de haberlo visto—, fue demolida. Actualmente es la sosa entrada o salida de un vulgar estacionamiento.

Las familias de Julio Torri y Artemio de Valle-Arizpe no sólo eran vecinas, también amigas. Los Torri vivieron entre Saltillo y Torreón, ciudad donde el niño Julio conoció al poeta Manuel José Othón, quien frecuentemente lo llevaba de la mano a pasear por las calles de la Perla Lagunera, pero cursó la preparatoria en el Ateneo Fuente. En la capital del estado descubrió a Platón y publicó su primer texto, “Werther”, aparecido en la *Revista de Saltillo* el 1 de diciembre de 1905. Era entonces un muchacho de diecisiete años. Lector voraz, “de doce a una corría a la Biblioteca del Estado [instalada en la planta baja del Palacio de Gobierno], breve, pero bien surtida. Allí me inicié con Platón. Traducidos por Anacleto Longe y Molpecores, leí cinco diálogos: ‘El Convite’, ‘El Eutifrón’, ‘La apología de Sócrates’, ‘El Critón’ y ‘El Fedón’.” Terminada la preparatoria, como todos los del grupo pasó a la capital del país a proseguir estudios profesionales, hasta recibirse de abogado.

Los siete no sólo estudiaron en la Ciudad de México, allá se quedaron. Algunos volvían a casa en vacaciones escolares; después, muy de cuando en cuando. A pesar de que su hermano Jesús residió siempre en Saltillo, nunca se supo que Artemio de Valle-Arizpe lo visitara. Si acaso lo hacía, optaba por el incógnito. Julio Torri volvió en 1958, durante la campaña de Adolfo López Mateos.

López Mateos gustaba hacerse acompañar de personajes destacados de la entidad que visitaba en su recorrido por todo el país. Don Julio formó parte de la comitiva cuando vino a Coahuila. Después de una agotadora jornada, el candidato, notándolo cansado o fastidiado, le preguntó: “¿Es su primera gira política, don Julio?”, el escritor respondió muy serio: “Sí, señor, la primera y la última.”

De los siete, quien más cercanía mantuvo con Coahuila y su capital fue Vito Alessio Robles. Una vez que dejó la condición de apestado político, a partir del gobierno estatal de Benecio López Padilla (1941-1945) era infaltable en los actos culturales importantes. Don Benecio le encomendó el diseño del escudo del estado. También es autor del de Saltillo y del de Piedras Negras.

Los hombres que dispersó la vida

Adiós muchachos, compañeros de mi vida...

César F. Vadani-César Sanders

Francisco de Paula, ya se dijo, partió a México a los diecisiete años para inscribirse en la Academia de San Carlos. Fue el primero del grupo en abandonar el nido. Regresaba a la ciudad en vacaciones a mostrar su obra y retratar señoras y muchachas ricas. En 1887 exhibió en el taller paterno una Virgen de la Concepción que, según los periódicos, causó sensación gracias a su buena factura.

Alumno del Ateneo Fuente, Federico González Garza participó activamente en el movimiento contra la segunda reelección de Garza Galán en 1893. Esta primera incursión en la política opositora le costó la expulsión de la escuela. En reciprocidad, jamás atemperó su odio al comanchero. Casi dos décadas después de ser expulsado del Ateneo, todavía calificaba de “administración maldita” a la de Garza Galán. “Nuestra adolescencia, llena de impulsos generosos, como toda juventud en sus albores, perpetua enamorada de lo más bello, fue bárbaramente mancillada por el odioso espectáculo de una tiranía sin ejemplo en la historia de Coahuila, que no respetaba honras, vidas ni haciendas, que todo lo profanaba y todo lo escarnecía”, escribió.

Expulsado del Ateneo, viajó a México con objeto de cursar la carrera de Leyes. Ante el asedio de la orfandad y la pobreza empezó a ganarse la vida como telegrafista en distintas ciudades del país, entre ellas San Pedro de las Colonias, donde conoció a Francisco I. Madero. En 1889 volvió a la capital. Se reinscribió en la Escuela de Jurisprudencia hasta terminar la carrera, sin dejar el trabajo de telegrafista. Pronto se le uniría Roque, que allí estudió comercio.

Vito ingresó al Heroico Colegio Militar en 1896; Miguel, su hermano, a la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad de México, en 1904. Ese año hizo lo mismo Artemio de Valle-Arizpe, aunque, a diferencia de Miguel, quien se tituló en la Universidad de México, prosiguió la carrera en San Luis Potosí.

“Al inscribirnos para cursar nuestro tercer año de Leyes —recordaba Miguel— faltaba en nuestro grupo Artemio de Valle-Arizpe, que se marchó a San Luis a continuar sus estudios. Habíamos crecido y estudiado juntos. Vivíamos en el Saltillo, en la misma célebre calle de Victoria, casi frente a frente. Natural es que yo lo extrañara.” A pesar del temporal distanciamiento, mantuvieron una estrecha relación. Continuaron siendo amigos, y los dos, agradecidos por las enseñanzas recibidas en el Ateneo Fuente, seleccionaron algunos textos y discursos de su maestro ateneísta José García de Letona, y en 1934 costearon la publicación de *Estudios literarios. Con juicios sobre el autor de Miguel Alessio Robles y Don Artemio de Valle-Arizpe*.

La versión de Miguel acerca de los estudios profesionales del cronista de la Ciudad de México difiere de la de su hermano Vito, quien refiriéndose al gobierno del padre de Artemio, en tono de burla asegura: “El licenciado [Jesús] De Valle, varón fuerte, sólo cometió una pequeña debilidad que puede considerarse como pecado venial. Sin que existiese en Saltillo una escuela de Jurisprudencia, se nombró un jurado especial para que sustentase examen profesional de abogado, a título de suficiencia, el joven Artemio de Valle, hijo de don Jesús, estudiante destripado. Naturalmente... el joven De Valle fue aprobado por unanimidad de votos y en Saltillo le llaman ‘el licenciado por decreto’.” Si Valle-Arizpe no terminó la carrera en San Luis, como afirma Vito, su estancia en la capital potosina rindió un gozable fruto literario: el regocijado anecdotario

de Manuel José Othón, donde narra bizarras aventuras en compañía del autor del “Idilio salvaje”.

Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que don Artemio debió de extraviar el título profesional en algún cajón de los labrados bargueños coloniales de su colección, pues dicen que decía: “Sí, soy abogado, pero ya se me está quitando.” En eso coincidía con Torri, quien odiaba la profesión a tal punto que cuando la ejerció en el despacho de José Vasconcelos, contaba a don Alfonso Reyes en una carta: “Sigo trabajando de abogado. A veces huimos del despacho por temor a que nos llegue un cliente. En los juicios que sigo, mis simpatías están siempre por la parte contraria, de la única que no tengo desagradables impresiones personales.”

A pesar de su aspecto de *nerd*, don Julio no fue un alumno brillante. Alguna vez causó el enojo del padre por sus malas calificaciones. Sus apetencias intelectuales tiraban hacia rumbos muy ajenos a la jurisprudencia y los juzgados. Él llegó a la capital en 1908. Ese mismo año conoció a quien sería uno de sus grandes amigos, Alfonso Reyes, del que lamentablemente lo separaría el nunca averiguado destino de un valiosísimo volumen, la edición príncipe del *Tesoro de la lengua Castellana o Española* de Sebastián de Covarrubias. El regiomontano aseguraba habérselo prestado, lo cual negó siempre el saltillense.

El primer encuentro de los dos escritores ocurrió, cómo no iba a ser así, entre libros. “Te conocí escondido bajo una mesa de lectura

—escribiría Reyes años después— en la Biblioteca de la Escuela de Derecho, cuando cursábamos el primer año y tú llegabas apenas de Torreón. Unos cuantos muchachos, todos paisanos tuyos, te asediaban y lanzaban libros a la cabeza, porque acababas de declararles con un valor más fuerte que tú, que Vargas Vila era un escritor pésimo.”

La Revolución

*Hagamos de cuenta que “juimos” basura,
vino el remolino y nos alevantó.*

Canción popular

El estallido de la Revolución Maderista sorprendió al entonces ya licenciado Federico González Garza en la Ciudad de México. Poseedor de una de las primeras credenciales maderistas, colaboró con el órgano oficial del Partido Anti-Reeleccionista desde el segundo número de la publicación, fechado el 13 de junio de 1909. Y lo hizo hasta que el gobierno cerró el periódico. Por su parte, ante el peligro inminente de caer en prisión, Federico y José Vasconcelos decidieron poner prudente distancia de la mano férrea de la dictadura y gozaron de forzadas vacaciones en San Luis Potosí. Miguel Alessio Robles también estaba en la capital. Acababa de terminar la carrera. Al iniciarse el movimiento armado, don Artemio de Valle-Arizpe ocupaba una curul en el Congreso de la Unión. Teórica y porfirianamente representaba a un distrito que nunca conoció: el de

Comitán de las Flores, Chiapas. Así, el autor de *La Güera Rodríguez* contempló desde el edificio de la calle de Donceles el derrumbe del porfiriato. (Algunos aseguran que nunca asistió a las sesiones). En ese momento, Julio Torri cursaba el tercer año de Derecho y, sumergido entre libros, como de costumbre, se desinteresó de lo que ocurría: “[...] en el fondo fui muy indiferente[...] La demagogia siempre me ha afectado poco. Las cosas políticas no me han afectado mucho”, confesaba. La turbulencia revolucionaria apenas lo distrajo de sus tareas intelectuales. Asistía a las conferencias del Ateneo de la Juventud, del cual era miembro, hacía traducciones y profundizaba sus conocimientos de latín. En el crucial año de 1910 haría su debut literario en la Ciudad de México. Publicó dos textos en *El Mundo Ilustrado*: “Diálogo de los murmuradores” y “El diálogo de los libros”.

Cuando apareció *La sucesión presidencial en 1910*, libro escrito y publicado en San Pedro de las Colonias por Francisco I. Madero, Roque González Garza residía en Monterrey. Era agente de seguros. Antes se había ganado la vida intentando vender máquinas de coser Singer en pueblos perdidos en las abruptas sierras michoacanas. Desde 1908 mostró oposición a la dictadura. La campaña de Madero en pos de la presidencia de la República le marcaría nuevo rumbo a su existencia. Dejó de ser el joven asiduo a las reuniones sociales de la capital de Nuevo León, y se convirtió en revolucionario. Los hermanos González Garza coincidieron en ideales políticos. Desde

sus tiempos de telegrafista en San Pedro de las Colonias, Federico mantenía estrecha relación con Madero.

Portando uniforme de oficial federal, Vito Alessio Robles, del Cuerpo de Ingenieros Constructores, servía en Sonora. Si la revolución unió todavía más a los González Garza, separó a los Alessio Robles, arrastrándolos a trincheras enemigas. No sería la única vez. Mientras el mayor cumplía con sus deberes militares en el Ejército Federal, Miguel, ya abogado —se tituló el 5 de junio de 1909—, leía *La sucesión presidencial en 1910*. El libro le causó profunda impresión. Entusiasmado, envió una carta de felicitación al autor. A vuelta de correo recibió afectuosa respuesta. Luego sucedió lo inesperado: “Cuál no sería mi sorpresa que un día el portero de la Escuela Nacional de Jurisprudencia entró a la biblioteca donde estaba yo estudiando diciéndome que el señor Madero quería hablar conmigo. En el acto salí a saludarlo. Iba en bicicleta, y llevaba una gorra que le cubría toda la frente. Sus grandes ojos reflejaban la bondad de su alma. Volvió a referirse a mi carta, y me dijo que esa noche iba a efectuar una reunión política en la casa de don Fernando Iglesias Calderón”, diplomático e historiador, tiempo atrás miembro del Partido Liberal.

Utilizando su libro como plataforma de lanzamiento, Madero comenzó la campaña en pos de la presidencia de la República. Federico y Roque González Garza se le unieron. El 6 de junio de 1910, durante un mitin en Monterrey, Roque pronunció un encendido

discurso acusando al gobierno de Díaz de no respetar el sufragio y de actuar con amenazas y persecuciones. La policía intentó detenerlo. Él se escabulló, pero arrestaron a Madero bajo el cargo de haberle propiciado la fuga. Roque se presentó al día siguiente a las autoridades, y los dos fueron internados en la Penitenciaría de San Luis Potosí por el delito de “ultrajes a la autoridad”. Celebradas las elecciones, el 26 de junio se declaró el enésimo y aplastante triunfo de Díaz en las urnas. Federico presentó cientos de legajos exponiendo las muchas anomalías del proceso, exigiendo que se nulificara. Los diputados ni siquiera hojearon el voluminoso expediente. Sin más trámite declararon improcedente el recurso y legales las elecciones: “Dígase a los CC. Federico González Garza y demás signatarios del memorial el primero de septiembre de 1910, que no ha lugar a lo solicitado.”

Madero y Roque obtuvieron la libertad condicional en San Luis y huyeron a San Antonio, Texas. Allí estaba ya Federico, quien colaboró en la redacción del Plan de San Luis, con el que Madero convocó al pueblo de México a levantarse en armas el 20 de noviembre. Roque, por su parte, tuvo en San Antonio un encuentro de enorme trascendencia para su futuro: conoció a Francisco Villa, a quien le simpatizó.

Iniciado bajo muy poco prometedores auspicios, el movimiento armado al que emplazara Madero encendió la hoguera del descontento en Chihuahua. Vito Alessio Robles enfrentó a los revolucionarios en Malpaso. Resultó herido. También participó en la batalla de Casas Grandes, que estuvo a punto de ser la tumba del

maderismo. Durante la batalla, Francisco I. Madero fue herido en el brazo derecho y se salvó de morir gracias al valor de Roque González Garza. En Casas Grandes, sin percatarse de ello, se cruzaron las vidas de dos ex vecinos de la calle de Victoria, aunque militando en bandos contrarios: Vito Alessio Robles y Roque González Garza.

Triunfante la revolución, firmados los Tratados de Ciudad Juárez, la bondad del alma que Miguel adivinara en los ojos de Madero benefició a su hermano Vito. Agradeciendo el buen trato que este diera a los prisioneros cuando combatía a la revolución, don Francisco le extendió nombramiento de Inspector de Policía del Distrito Federal. Posteriormente le cumpliría un sueño largamente acariciado: conocer la tierra de su padre. En calidad de agregado militar de la legación de México en Roma, Vito llegó a la Ciudad Eterna en el húmedo noviembre de 1912. Visitó Tortorella, lugar de nacimiento de don Domingo, y tuvo un emotivo encuentro con sus parientes.

Con Madero en el gobierno, el menor de los González Garza ocupó una curul en el Congreso de la Unión. Alineado en el “bloque renovador” enfrentó al famoso cuadrilátero opositor formado por Nemesio García Naranjo, Querido Moheno, Francisco M. de Olaguibel y José María Lozano. Su hermano Federico desempeñó altos puestos públicos: secretario particular del presidente, subsecretario de Gobernación y gobernador del Distrito Federal.

Quien vio derrumbarse el mundo que conoció y en el que soplaron a su favor los vientos de la fortuna, fue Francisco de

Paula Mendoza. En los últimos años del porfiriato disfrutó, sin nombramiento, del cargo de pintor oficial de las gestas bélicas de don Porfirio, pintando obras costeadas por colaboradores y amigos del dictador. Una de esas pinturas, *La batalla del 2 de abril*, lienzo enorme de 8.30 metros de largo y 5 metros de ancho, fue develado por Díaz el 15 de septiembre de 1905, día de su cumpleaños. El cuadro se exhibió mucho tiempo en el Museo de Historia de Chapultepec. Urgido de una restauración que hasta ahora no se ha practicado, permanece en las bodegas. El derrumbe del porfiriato colocó al pintor saltillense ante un futuro incierto. Aunque intentó sin éxito dejar constancia pictórica de los combates de revolucionarios, le aguardaban tiempos difíciles.

Caín y metralla

*Febrero de Caín y de metralla:
Humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidadas...*
Alfonso Reyes

La Decena Trágica y el segundo cuartelazo de Victoriano Huerta sorprendieron en Roma al flamante agregado militar de la embajada de México. La mañana del terrible 18 de febrero de 1913, al enterarse del levantamiento perpetrado por Bernardo Reyes, Manuel Mondragón y Félix Díaz, Federico González Garza se dirigió de

inmediato a Chapultepec a ver al presidente, y lo acompañó al Palacio Nacional. Desde dieciocho meses antes, su clara visión percibió los nubarrones anunciadores de la tormenta. En julio de 1911 — todavía era presidente provisional Francisco León de la Barra—, escribió a Madero advirtiéndole de los peligros que le acechaban. En su respuesta, don Francisco, quien descansaba en Tehuacán, Puebla, no sólo desestimó la advertencia, sino casi lo tildó de timorato. “Le demostraré que no tenemos ningún enemigo al frente que temer”, contestó Madero. “En cuanto el camino al cuartelazo, le creo sumamente difícil, ¿porque con qué pretexto invitaría el general Reyes a los jefes militares para que lo secundaran en un cuartelazo?”, preguntaba, aclarándole, además, que le era inaplicable el calificativo de “optimista”, pues él, en realidad, simplemente conservaba la serenidad indispensable en un jefe de estado.

Cuando los golpistas intentaron asesinar a Madero en Palacio Nacional, Federico y Roque estaban presentes. A Federico lo aprehendió Aureliano Blanquet, pero los dos hermanos lograron escapar. Con un puñado de hombres, Roque partió al Norte con la idea de unirse a Carranza. Federico militó un tiempo en el Ejército Carrancista, después se exilió por segunda vez en Estados Unidos.

La adhesión a Madero por poco les cuesta la vida a los Alessio Robles. Un mes después del ascenso al poder de Victoriano Huerta, subiendo hasta la silla presidencial por una escalera empapada de sangre, Miguel se dedicaba a litigar. Cierta día, narra, apenas

llegaba a su despacho “en la calle de Medinas, cuando tres o cuatro agentes de la Policía Reservada me aprehendieron y me condujeron a la Inspección de Policía. Al llegar a la prisión vi de lejos, que en otra sala tenían detenido a José Vasconcelos”, quien colaboró en el gobierno maderista. Nadie los interrogó. Al día siguiente, el jefe de la Policía Reservada, Francisco Chávez, los condujo en un taxi a la cárcel de Lecumberri. “Al pasar por la calle de Lecumberri, Vasconcelos dijo con toda intención, que allí asaltaban a los presidentes. Entonces Chávez se apresuró a contestar la clara alusión, expresando categóricamente que él nada había tenido que ver en la muerte del señor Madero.” Cuando el director de la penitenciaría preguntó a Vasconcelos de dónde era, “el escritor contestó que de Coahuila, dando a entender de esa manera que admiraba a los hombres que protestaban abiertamente contra el régimen del general Victoriano Huerta.” Carranza, gobernador de Coahuila, había desconocido al usurpador en febrero de 1913 y encabezaba ya la Revolución Constitucionalista.

Mientras los interrogaban, el director de la prisión recibió una llamada telefónica. Le ordenaron trasladar a los detenidos al Palacio Nacional. En el Salón Verde, sentados frente a Huerta, el magnicida comenzó diciéndoles “que sabía perfectamente que estábamos conspirando contra el Gobierno.” Y luego les advirtió: “Son ustedes dos jóvenes notables, pero si ustedes persisten en esa actitud, yo los ‘desaparezco’. Los ‘desaparezco’, repetía con firmeza, entretanto,

con la mano izquierda procuraba afianzar en la parte superior de su nariz las gafas oscuras que ocultaban sus miradas siniestras.” Ante la nada sutil amenaza, Vasoncelos y Miguel huyeron de México. El saltillense se refugió en La Habana.

A su hermano Vito le fue peor. Informado del asesinato de Madero, volvió a México vía Nueva York. En la Gran Manzana lo visitó su antiguo vecino de la calle de Victoria, Federico González Garza, quien le aconsejó no regresar a la capital; sugiriéndole viajara a Piedras Negras para unirse a las fuerzas de Carranza. Pero Vito nunca simpatizó con el Primer Jefe, a quien tildaba de “senador [porfirista] mudo y de consigna.” No atendió el consejo de Federico. Decidió apegarse puntillosamente a la disciplina militar: “Mi deber como soldado en estos momentos —comentó a González Garza— está en cumplir las órdenes recibidas para incorporarme a mi cuerpo. Cuando esté despojado de mi carácter militar, decidiré lo que convenga hacer.” Se embarcó de Nueva York hacia La Habana; de la capital de Cuba a Progreso, Yucatán, y después a Veracruz, donde su barco atracó el 16 de mayo de 1913.

Dos meses después de que su hermano Miguel recibiera personalmente amenazas de Huerta en Palacio Nacional, en ese mismo lugar Vito encaró al usurpador. El encuentro se realizó el 5 de mayo de 1913 a las lorquianas cinco de la tarde. Luego de un abrazo y de los saludos militares de rigor, Huerta fue al grano:

—Amigo, me informan que usted pidió licencia absoluta y eso me ha extrañado. Sé que usted fue amigo de Madero y respeto sus afectos. Haría usted mal en no tenerlos. Pero eso nada tiene que ver con la legitimidad del actual Poder Ejecutivo. Yo lo estimo a usted y sé lo que vale, y no debe usted separarse del ejército.

—Mi general, yo no discuto legitimidades en estos momentos. Deseo separarme porque así conviene a mis intereses, y así lo expresé en mi solicitud de baja.

—Si es por cuestión de conveniencias —y recalcó la última palabra— usted debe continuar en el ejército. Ésta es la época de nosotros los militares. Dígame usted qué comisión quiere.

—No deseo ninguna, mi general. Deseo separarme del ejército.

—Está bien, pero puede que tenga usted que arrepentirse.

Le devolvieron la solicitud sin darle trámite. Entonces viajó a Saltillo, donde se encontraban su esposa e hijos. La capital de Coahuila era esos días un extraño oasis de tranquilidad, aunque en sus alrededores menudeaban las voladuras de trenes. El 11 de octubre, luego de pasarla “muy contento” con los suyos, lo aprehendió la policía y lo llevaron a la Penitenciaría del Estado, tétrico

edificio en la esquina de General Cepeda y Castelar, donde hoy está la Secretaría de Finanzas del Estado. Pasados algunos días, escoltado por medio centenar de soldados, caminó rumbo a la estación de ferrocarriles cargando una colchoneta y una bolsa de mano. Luego lo subieron a un tren con destino a México.

Acusado de traición y de urdir una revuelta, permaneció incomunicado en Lecumberri. De allí lo pasaron a las húmedas mazmorras de San Juan de Ulúa, para, después, regresarlo a las celdas de Lecumberri. Sin explicación de por medio, tras cinco meses y dieciséis días en prisión, el 27 de mayo de 1914 recobró la libertad. Antes de cumplirse un mes ya militaba en las fuerzas revolucionarias de Alberto Carrera Torres, que operaba en Tamaulipas y San Luis Potosí. Posteriormente se uniría a la División del Norte. Así, tres del grupo de la calle de Victoria se reunirían de nuevo, ahora en el ejército de Pancho Villa.

Miguel sólo permaneció unos días en La Habana. Tomó un barco a Nueva Orleans. Luego viajó por ferrocarril a la frontera y se presentó en Piedras Negras con don Venustiano Carranza. Comisionado por el Primer Jefe, marchó a Sonora. Allí conocería al general Álvaro Obregón, a cuya ascendente estrella militar y política engancharía su destino la próxima década.

La guerra de los generales

*Con las barbas de Carranza,
voy a hacerme una toquilla,
pa' ponérsela al sombrero
del señor Francisco Villa.*

La Cucaracha

El triunfo de la Revolución Constitucionalista en agosto de 1914 fue preludio de la más cruenta guerra civil habida en México, país en el que han abundado las luchas cainitas. Las insalvables diferencias de la relación de Villa y Carranza hicieron crisis. Se convocó a la Convención de Aguascalientes. La intención era señalar el rumbo que debería seguir la revolución convertida en gobierno, pero también hacer a un lado al de Cuatro Ciénegas, quien, conforme a lo establecido en el Plan de Guadalupe, se hizo cargo del Poder Ejecutivo Federal.

Villa y Zapata establecieron una inoperante alianza cuyo objetivo principal era acabar con don Venustiano. Roque asistió a la Convención en representación de Villa y jugó un papel importante en los debates. En Aguascalientes volvió a encontrar a Vito Alessio Robles, secretario de la Convención. Los generales y sus representantes nombraron presidente de la República al coahuilense Eulalio Gutiérrez. Ante el asombro y la curiosidad de los capitalinos, Villa

y Zapata hicieron una entrada triunfal a la Ciudad de México. Carranza, como Juárez medio siglo atrás, se refugió en Veracruz.

Crímenes y abusos cometidos por zapatistas y villistas volvieron al presidente Gutiérrez algo muy parecido a una figura decorativa. La situación se le tornó incontrolable y abandonó la presidencia. Para sustituirlo, la Convención nombró a Roque González Garza, que asumió el poder en condiciones nada halagüeñas. Los zapatistas desconfiaban de él, e igual que Gutiérrez, renunció el 15 de junio de 1915, entregando las últimas piltrafas del gobierno convencionista a Francisco Lagos Cházaro.

Atrincherado en Veracruz, Carranza emprendió una exitosa contraofensiva. El ejército, al mando de Álvaro Obregón, destrozó en el Bajío a la antes invencible División del Norte, precipitando el declive militar y moral de Francisco Villa. La fiera que siempre formó parte de la personalidad del Centauro del Norte acabó por dominarlo. Frustración y desesperación mezcladas sacaron a flote lo peor de Doroteo Arango. Cometió crímenes atroces. Asesinó a sesenta soldaderas carrancistas con cuyos cuerpos hizo una pira; alentó a sus hombres a cometer violaciones y uno de sus generales asesinó a sangre fría a siete mineros norteamericanos. Personalmente emprendió la descabellada, inútil y costosa incursión contra el pueblo norteamericano de Columbus, que colocó a México y Estados Unidos al borde de la guerra. Su vesania le enajenó a intelectuales y algunos de los mejores hombres que le siguieron un tiempo.

Los González Garza, Raúl Madero, Felipe Ángeles y otros muchos optaron por el exilio. La mayoría volvió a México hasta después de la muerte de Carranza, en 1920.

Habitante del universo de las letras, en el convulso 1916 Julio Torri dio muestras de la finura de su olfato literario. El mes de mayo de ese año, *La Nave Crítica*, revista de literatura, dio a conocer uno de sus lúcidos ensayos: “La sangre devota”, elogiando a Ramón López Velarde, todavía considerado poeta menor de ecos provincianos. Torri afirmó profética y categóricamente: “López Velarde es nuestro poeta de mañana.”

Estos eran dos hermanos

Adiós hermano cruel...

John Ford

Federico González Garza fue desde muy joven el protector de su hermano Roque, a quien llevó a México a estudiar la carrera de comercio. La monolítica unión fraternal se fortaleció al unirse ambos a Madero en su cruzada en pro de la democratización del país. Debido al desdén con que eran vistos por los carrancistas, los hermanos González Garza, Raúl Madero, Miguel Díaz Lombardo y otros maderistas se unieron a Francisco Villa. En su *Breve historia de la Revolución Mexicana*, Pedro Salmerón y Felipe Ávila señalan

que todos ellos “Participaron activamente en la definición política del villismo, en labores de administración y gobierno, en los debates políticos y sociales de la revolución y en la redacción de leyes y decretos”, contribuyendo a estructurar “la demanda democrática y restauración de la legalidad propias del maderismo.” Al separarse del ya para entonces guerrillero, convivieron en el exilio y desde el extranjero externaban juntos opiniones acerca de la situación del país, señalando lo riesgoso de algunas acciones del disminuido Centauro del Norte. En nueve palabras, Roque sintetizó lo que para él representaba su hermano mayor: “[...] mi educador, mi maestro, mi modelo de hombre honrado.”

Una historia dramática y dolorosamente distinta es la de los hermanos Alessio Robles. Las diferencias entre Obregón y Villa acabarían enfrentándolos, pero el rompimiento definitivo ocurrió a causa de una tragedia: el asesinato de su hermano José.

Al igual que Vito, José, apodado *El Apache* debido a su extraordinaria habilidad en el manejo del caballo, estudió en el Colegio Militar. Durante la revolución combatió a maderistas y carrancistas. Formó parte del Estado Mayor de Victoriano Huerta, hasta alcanzar el grado de general. La tragedia comenzó a gestarse durante una reunión celebrada en el Distrito Federal para designarle un candidato al gobierno de Coahuila. La mayoría se inclinó por el general Arnulfo González. José, enfurecido, gritó: “¡Cómo es posible que un roba vacas vaya a gobernar a mi estado!” El general Jacinto B.

Treviño lo encaró: “Aquí ningún gato de Huerta tiene derecho a hablar.” Entonces, José le propinó una bofetada, lo tachó de cobarde, lo retó a duelo y le envió a sus padrinos. Treviño no asistió a la cita en el Bosque de Chapultepec.

En su libro *Mi vida revolucionaria*, Félix F. Palavicini revela cómo el sangriento desenlace se produjo por una serie de artículos publicados en *El Universal*, del cual él era director, criticando a Jacinto B. Treviño, entonces perdido en un oscuro puesto burocrático: presidente de la Comisión Superior Revisora de hojas de servicios de los miembros del Ejército Nacional. El 4 de agosto de 1921, Palavicini recibió una amenazadora carta de Treviño demandando se desmintieran las noticias en su contra: “Para exigir a usted las responsabilidades personales de que hablo —rezaba la carta— no acudiré a entablar al tonto procedimiento de entablar polémicas inútiles, ni al manoseado ridículo uso de mandarle mis padrinos.” (De alguna manera justificaba su actitud tras el altercado con José Alessio Robles.) No, el general prefería la acción directa: “Haré esto: a dondequiera que encuentre a usted y con el modo que diere lugar, lo obligaré a pagar su insidia y a reparar sus solapados calumniosos procedimientos. Este proceder lo será siempre que ‘El Universal’ persista en su campaña.”

La rabiosa reacción de Treviño le atrajo un alud de reprobación de parte de los principales funcionarios del gobierno. Al calor de la disputa, escribe Palavicini, “el domingo 7 a las ocho de la noche

se presentaron en mi despacho los señores Vito Alessio Robles y José Alessio Robles. El ingeniero Robles acompañaba a su hermano, quien se quejaba de que no hubiese dado a la publicidad al texto de la declaración que había hecho con respecto a Treviño.” El director de *El Universal* explicó que su intención no era ofender al militar, sino defenderse de sus ataques. Por eso, les dijo, “no había creído conveniente publicar la terrible ofensa que contenía el texto...” Entonces, José, al reverso de su anterior declaración escribió de su puño y letra: “No puedo externar mi opinión sobre las amenazas de Treviño, porque desde hace algún tiempo yo, en una reunión de coahuilenses, proferí graves injurias contra Treviño, y éste se quedó con ellas. Además, yo envié dos representantes y este individuo rehusó batirse.” Las nuevas declaraciones aparecieron al día siguiente en *El Universal* sin quitarles una coma.

Palavicini relata con detalle lo ocurrido el día de la publicación:

En las últimas horas de la tarde de ese lunes 8 de agosto, el general [José] Alessio Robles se presentó en la Secretaría de Relaciones Exteriores, tratando algún asunto que allí tenía, salió del edificio de la Avenida Juárez, ocupando un automóvil Buick de su propiedad, que él mismo manejaba. Parece que se cruzó por el Paseo de la Reforma con el general Treviño y sus acompañantes. El automóvil del general Alessio Robles dio vuelta para desembocar hacia la Avenida Insurgentes.

Al aproximarse el automóvil de Alessio Robles a la esquina de la Avenida Insurgentes con la calle de Nápoles, se escucharon los primeros balazos, que partieron del coche de Treviño, perforando el capicete de aquel vehículo.

De aquella balacera resultó muerto el señor general Alessio Robles. Los agresores fueron procesados y absueltos.

Vito culpaba a su hermano Miguel, secretario de Industria y Comercio en el gobierno de Obregón, de no haber presionado lo suficiente exigiendo se castigara a Treviño y a sus secuaces. Esto distanció a los hermanos. Vito alimentó el resentimiento no obstante los esfuerzos de Miguel por buscar un acercamiento. En carta fechada el 31 de marzo de 1937 —dieciséis años después de la muerte de José—, Miguel reclamaba duramente a Vito su actitud, dispuesto, afirmaba, a “puntualizar de una vez por todas los hechos por escrito.”

En la carta, Miguel decía a su hermano no olvidara que él siempre estuvo dispuesto a respaldar sus proyectos: “Recuerdo perfectamente que una mañana del mes de junio se presentaron muy temprano tú y Alfredo Breceda en la Secretaría Particular de la Presidencia [a cargo de Miguel]. Iban a suplicarme que los llevara con el señor [Adolfo] De la Huerta, porque deseaban tratarle el asunto de la compra de ‘El Demócrata’, que les vendía Fadrique López, y querían que él les ayudara. En el acto accedí a las indicaciones de ustedes, y el Presidente De la Huerta les dio a ustedes todas las facilidades para que pudieran adquirir ‘El Demócrata’.”

La compra del periódico permitió a Vito superar los graves problemas económicos que enfrentaba e incluso “comprar casas y terrenos.” Miguel afirma que nunca intentó intervenir en la línea editorial de *El Demócrata*, incluso cuando alguna vez se lo pidió el general Obregón. A pesar de eso, agregaba, “yo atendía[...] a todas las personas que me recomendabas.”

El ascenso al poder del “siniestro y criminal” Plutarco Elías Calles (los adjetivos son de MAR), causa de la renuncia de Miguel a la Secretaría de Industria y Comercio, abonó aún más el distanciamiento, pues Vito no frecuentaba a Calles. Nombrado representante de México en Suecia, el flamante diplomático partió sin despedirse de él ni de su hermana María. Después se verían un par de ocasiones: en el banquete de despedida de Vito, quien partía a Suecia, y en el desesperado esfuerzo de Miguel por limar asperezas, al invitar a su hermano mayor a ser el padrino de bautizo de una de sus hijas. El historiador asistió a la ceremonia, pero se marchó inmediatamente al concluir ésta.

Más adelante, Miguel asegura haberlo querido y respetado, “a pesar de las frases hirientes y despectivas y de tu carácter fuerte.” Tampoco duda al reconocer las numerosas y valiosas virtudes de su hermano: “Tu valor civil, tu entereza, tu inteligencia, tu disciplina, tu preparación, tu cultura, tu honradez, tu constancia, tu exactitud, tu vigor, tu energía”, rematando la enumeración haciéndole un duro reproche: “¡Con qué gusto tan grande reconocería también tu nobleza, tu generosidad, tu justicia!”

El último de sus encuentros ocurrió en octubre de 1954. Miguel se encontraba en el lecho de muerte. El 10 de noviembre, un desconsolado Vito escribió en su diario: “Desperté muy inquieto. Quise ir a ver a Miguel. A las nueve de la mañana me llevó mi hija Ángela a mi mujer y a mí... Lo encontré en agonía. No me separé de él hasta las doce diez minutos, hora en que dejó de existir. El golpe fue muy duro para mí.”

El sepelio se efectuó a la mañana siguiente en el Panteón Francés de la Piedad. Hubo una nutrida asistencia: “Ahí hablaron varias personas, entre ellas el ingeniero Agustín Aragón, anciano respetabilísimo, a nombre de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Real Española; el licenciado Samperio, en representación de la Barra de Abogados; el licenciado Fernando de la Fuente y el periodista Salvador Altamirano.” Estuvieron “muchos amigos de Miguel y míos. Mi hermano fue muy generoso, desprendido y cordial. Favoreció a muchos. Allí estuvieron casi todos.”

La desaparición de Miguel la epiloga su hermano con unos párrafos desgarradores en los que intenta justificar su alejamiento del recién fallecido:

Rendido por la fatiga y la emoción, regresé a mi casa hecho pedazos. Cayó mi hermano Miguel que era de una gran nobleza y que por un contrasentido, una persona se empeñó en lanzarlo contra mí, que nunca le causé el menor daño y al contrario le impartí siempre mi ayuda.

Ayer en la tarde y en la noche me sentí rendido, física y moralmente. La fatiga fue enorme y la pena muy grande. *Noviembre 13*. Hecho pedazos. He recibido muchos telegramas de condolencia. Hago un examen de conciencia. Yo no le hice nunca un solo mal a Miguel. ¿Por qué siempre estuvo contra mí? Al final me convencí: un espíritu perverso, aprovechándose de su debilidad y del influjo que ejercía sobre él, lo lanzaba para que me hiriera y me lastimara, sin poder defenderme nunca...

Ya era demasiado tarde.

Cada quien su camino

Vivir es un verbo muy extraño.

José Ortega y Gasset

Olvidada la etapa de pintor de batallas, Francisco de Paula Mendoza hubo de ganarse el pan desempeñando diversas ocupaciones, algunas totalmente ajenas al arte. Con grandes esfuerzos y trabajos ocasionales como retratista y escenógrafo, salió a flote logrando una vejez tranquila que le permitió volver a la paleta y a los pinceles sin la acuciante urgencia que impone la pobreza. Una de sus últimas pinturas fue la del Santo Cristo de la Capilla de Saltillo, imagen muy venerada, que posiblemente ejecutó invadido por la nostalgia de su niñez y juventud.

Tras su regreso a México, Federico González Garza ocupó un escaño en el Senado, fue apoderado jurídico del Banco de México y ministro de la Suprema Corte de Justicia. Reunió artículos y documentos sobre su participación en la Revolución Mexicana en un libro. Prestigioso abogado, gozó hasta sus últimos días de respeto general. Permaneció fiel al ideario maderista y lúcido observador de la realidad. “Soy partidario, por lo tanto, como humilde discípulo de Madero, de un socialismo sano, es decir ético, que no tenga por origen necesidades exclusivamente materiales, sino que nazca también y en primer término de imperativos morales, como un producto ineluctable de la convivencia social...”

En 1936, cuando aún no estallaba la Segunda Guerra Mundial, el análisis de la situación, en una suerte de testamento político, pronosticó hechos que se cumplirían puntualmente en el curso de las siguientes cinco décadas:

[...] mi profunda fe y mi arraigada convicción de que cualesquiera que sean las perspectivas de triunfo más o menos lisonjeras que alternativa o simultáneamente ofrezcan en la actualidad o en el futuro inmediato los sistemas absolutistas de algunas naciones, con el bolcheviquismo en Rusia, el nacional-socialismo en Alemania y el fascismo en Italia, y los despotismos en nuestra América española, no podrán perdurar indefinidamente y habrán de derrumbarse a la

postre, por la simple razón de que ellos entrañan el desconocimiento de los más nobles atributos del ser humano, toda vez que su personalidad psicológica queda lamentablemente mutilada dentro del triturador engranaje de tales sistemas.

Vito Alessio Robles continuó navegando a contracorriente. Con el triunfo de Carranza, le esperaban años de penurias. Cuando dirigió los periódicos *El Herald* y *El Demócrata*, el viento empezó a soplar a su favor. En 1924 representó a Coahuila en el Senado de la República. Luego aceptaría de Plutarco Elías Calles el exilio dorado en la embajada de Suecia. En 1927 dio pruebas de impresionante valor civil: desafiando las letales iras de Obregón y Calles, veló en su hogar al general Arnulfo R. Gómez, aspirante a la presidencia de la República, fusilado en Coatepec, Veracruz, acusado de sedición. Presidente del Partido Antirreeleccionista, don Vito fue postulado candidato al gobierno de Coahuila en 1929. Enfrentó en las elecciones a Nazario Ortiz Garza, abanderado del recién fundado Partido Nacional Revolucionario. Al lado de Vito, José Vasconcelos compitió por la presidencia de la República contra el candidato del partido oficial, Pascual Ortiz Rubio. Fue aquella una campaña plagada de violencia, de la cual Alessio Robles extrajo material para el libro más vitriólico escrito jamás por un coahuilense, *Andanzas con nuestro Ulises*, donde se ensaña con Vasconcelos y con su opositor

en la campaña, Nazario Ortiz Garza. Vueltas que da la vida: Ortiz Garza pronunciaría la oración fúnebre en el sepelio del historiador. La malhadada aventura electoral le obligó a exiliarse a Estados Unidos. En Austin descubriría la riquísima colección documental de la Universidad de Texas y comenzó la primera de sus grandes obras: *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España*. Miembro de la Academia Mexicana de la Historia, a partir de entonces únicamente dejaba descansar la pluma al impartir clases en la Universidad Nacional y otras instituciones. Su incansable labor nos legó una monumental obra historiográfica.

Triunfante la Revolución Constitucionalista, Carranza envió a España a Miguel Alessio Robles con la misión de mejorar la deteriorada imagen de México. En Madrid, de inmediato se relacionó con la élite intelectual del momento: Antonio y Manuel Machado, Joaquín Dicenta, Ramón de Valle-Inclán y Francisco Villaespesa. Volvería como embajador a la península ibérica en 1921, y a invitación del gobierno de México, que él se encargó de transmitir, visitó nuestro país el novelista Valle-Inclán, para asistir a los festejos del centenario de la consumación de la Independencia. Hombre de confianza de Obregón, al que alguna vez ayudó a escapar de la Ciudad de México, durante el gobierno del sonoreense ocupó la cartera de Industria y Comercio. Rompió con el obregonismo cuando Obregón eligió a Plutarco Elías Calles para sucederlo. A partir de entonces se dedicó a ejercer la profe-

sión, escribir en periódicos, revistas y publicar numerosos libros, dos de ellos dedicados a Saltillo. En otros dejó testimonio de sus actividades políticas.

También cumpliendo una misión diplomática, Artemio de Valle-Arizpe estuvo en Bélgica, Holanda y España. En ese último país tuvo oportunidad de investigar en el Archivo de Indias de Sevilla y publicar, en 1919, *Ejemplo*, su ópera prima. Haciendo norma de vida la sentencia *nulla dies sine linea* (ningún día sin escribir una línea), produjo decenas de libros. Hizo de la época de la Colonia su hábitat literario. Coleccionista de gusto refinado y gran conocedor, se rodeó de objetos y obras de arte del tiempo de los virreyes, haciendo de su casa, como diría cierto periodista, “un remanso colonial.” El reportero Alejandro Núñez Alonso le visitó en 1938. Asombrado, escribió: “Don Artemio de Valle-Arizpe, gran señor de la literatura colonialista de México, ex viajero de increíbles andanzas, ex diplomático ante diversos monarcas de Europa y muy ilustre coleccionista de muchas y muy variadas y auténticas orfebrerías de la época, anillos, abanicos y porcelanas.” Núñez Alonso olvidó enlistar los riquísimos muebles que colmaban el hogar del cronista.

En uno de sus más célebres retratos aparece con lentes quevedianos, bigote de kaiserianas puntas alzadas, y un atuendo estudiantemente *retro*: cuello de pajarita, chaleco de gamuza color miel, saco negro, guante de cabritilla. La mano derecha sostiene apenas un bastón de puño dorado y la izquierda luce un anillo en el meñique.

Cubre las piernas una manta de viaje (*travel blanket*, dicen los anglófonos) de diseño escocés. Al lado, una larga pluma de ave en su tintero y una antigua lámpara de aceite. Como fondo, la cúpula de una iglesia colonial. Para el timbre postal conmemorativo del centenario del Ateneo Fuente, en 1967, Correos Nacionales eligió representarlo con atuendo de caballero colonial: jubón de mangas acuchilladas y gorguera.

Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1933, y cronista de la Ciudad de México a partir de 1936, vivió escribiendo y vivió de escribir. Algunas de sus novelas, *El Canillitas* y *La Güera Rodríguez*, fueron éxitos de librería en un país de tan escasos lectores como es el nuestro.

El breve paso por la presidencia de la República constituyó el cenit de la carrera política de Roque González Garza. Al cenit seguiría un acelerado descenso hacia el ocaso. Se reintegró a las fuerzas de Pancho Villa, hizo esfuerzos, todos vanos, por mantener con vida, primero al gobierno, después a los postulados de la Convención de Aguascalientes, que ya era una entelequia cuando abandonó la presidencia. El retiro de las fuerzas norteamericanas de la Expedición Punitiva desfondó el discurso de Villa, que enarbolando la bandera del nacionalismo denunciaba un supuesto pacto entreguista de Carranza con el vecino del Norte. A poco, el reconocimiento de Estados Unidos al gobierno de don Venustiano dio la puntilla al moribundo villismo.

Exiliado en Estados Unidos, y aun después de volver al país, Roque emprendió varios negocios desafortunados. Un tiempo se dedicó a la agricultura, también sin éxito. Ascendido a general de División y diputado en la xxx Legislatura, el presidente Adolfo López Mateos le nombró coordinador de las obras de la Vega de Mezquitlán, Hidalgo. En colaboración con J. Pérez Rul y P. Ramos Romero, escribió una puntual reseña de la toma de Torreón por las fuerzas de la División del Norte en 1914, acción en la que participó.

La fama de Julio Torri, construida sobre algunos textos breves, creció al paso de los años. La frase del novelista Salvador Elizondo resume en ocho palabras la admiración que le guardaban sus iguales: “Admiro a Torri sobre todos los escritores mexicanos.” Tampoco Alfonso Reyes ahorró alabanzas: “Humorista heiniano que nos ha dejado algunas de las más bellas páginas que se escribieron entonces.”

Leyó y editó muchísimos libros, pero escribió muy pocos. Colaboró con Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública y en la Universidad Nacional de México. En el departamento editorial de esa casa de estudios se hizo cargo de la publicación de las ahora codiciadas joyas bibliográficas, los llamados popularmente “libros verdes”, con los que el entonces rector de la Universidad se propuso llevar a grandes masas de la población a los clásicos, desde Homero, Platón y Plotino hasta Romain Rolland. A este ambi-

cioso proyecto vasconcelista, un malqueriente del autor del *Ulises Criollo* lo comparó con la Victoria de Samotracia: “Tiene alas, pero no cabeza”, sentenció. Torri también dirigió la editorial Cvltura, ocupada de difundir en México lo último en literatura.

Encontró en la cátedra la torre de marfil de sus inquietudes. En 1914, informaba a Reyes en una carta: “Soy profesor, desde hace un mes, en la Preparatoria [Nacional]. Ya he recibido el bautismo de sangre (perdona) mi primer gisazo.” Enseñó en la Universidad Nacional, en la Escuela de Verano de la misma y como profesor invitado en la Universidad de Texas. En un viaje oficial visitó Río de Janeiro, Montevideo, Valparaíso y Nueva York.

Gran cantidad de sus alumnos lo consideraban un pésimo catedrático: a Henrique González Casanova le pareció un “maestro terrible y deliberadamente aburrido.” No difiere gran cosa la opinión de José Luis González, quien hace, sin embargo, un distinguido importante: “Era un profesor de tono menor, pero se convertiría en uno de mis mejores maestros.” En otros discípulos amantes de la literatura sus enseñanzas dejaron huella indeleble. Don Julio cumplía el juicio de Montesquieu: “No es maestro quien llena un vaso, sino quien enciende una llama.”

Salvador Novo hizo de él un acabado retrato:

Era bajito, rapado, semitartamudo; con ligeros anteojos sin aros sobre su rostro entre asombrado y burlón, pero

siempre inmóvil, deliberadamente inexpresivo. Sus bolsillos daban la impresión de hallarse llenos de piedritas, pero eran libros tamaño bolsillo, ediciones raras, numeradas, que acariciaba con sensualidad antes de llevarlos a instalarlos en los estantes de una casa que iba convirtiéndose en desbordada biblioteca.

Hombre singular, solterón —después de su muerte apareció sorpresivamente un hijo suyo—, tuvo tres pasiones, además de la de los libros: andar en bicicleta, vehículo que utilizaba para ir a clases, jugar tenis y perseguir sirvientas. No necesariamente en ese orden. A las alumnas guapas las invitaba a su biblioteca donde es fama les mostraba ediciones de antiguos libros franceses ilustrados con lúbricos grabados.

Esta mala buena costumbre de perseguir mujeres, Javier Garciadiego *dixit*, hizo florecer a su alrededor numerosas anécdotas, no pocas de ellas apócrifas, como la narrada por Felipe Teixidor:

Tina Modotti [la bella fotógrafa italiana] era muy amiga nuestra lo mismo que su compañero [Edward] Weston, quien había regresado a los Estados Unidos. Tina vivía en una casa de Abraham González, conservaba su atractivo

físico e invitó a Julio a tomar una taza de café, pero Julio era imposible: como decimos en Cataluña, iba detrás de las escobas si éstas llevaban faldas. Así que después de un rato de conversación, desapareció un momento y regresó en calzoncillos. Por supuesto: Tina, mujer de gran mundo, se rio del asunto, lo mandó a vestirse para que no pescara un resfriado y me contó el asunto.

Don Francisco Monterde ponía en duda la veracidad de la historia que Tina contara a Teixidor, dada la timidez del saltillense.

Torri formaba parte de la élite intelectual y artística del México posrevolucionario. Fue él quien presentó a Diego Rivera con Guadalupe Marín, su futura esposa. Conoció a la atractiva Lupe en Guadalajara, cuando él formó parte de la comisión para recibir en la capital tapatía al novelista Ramón María del Valle-Inclán, invitado por el gobierno a la celebración del centenario de la consumación de la Independencia. Al enterarse de la relación de su amistad con Diego Rivera, ella le pidió a boca de jarro: “Llévame a conocerlo porque me voy a casar con él.” Y se casaron el 20 de julio de 1922, formando un matrimonio borrascoso que terminó en divorcio.

El desastre

*Mas tengo un bien en tantos disfavores,
que no es posible que la envidia mire:
dos libros, tres cuadros, cuatro flores.*

Lope de Vega

Fernando Benítez es autor de *El libro de los desastres*, doloroso recuento de las pérdidas de valiosas colecciones de documentos y bibliotecas mexicanas. “En el siglo XIX no sólo perdimos tierras, también perdimos parte de nuestra historia”, se lamenta Benítez. Ventas en el extranjero, saqueos inmisericordes y robos descarados despojaron a nuestro país de irremplazables acervos bibliográficos y documentales. *Mutatis mutandis*, como decían los latinos, también en Coahuila podríamos escribir nuestro libro de los desastres.

Tres de los siete de la calle de Victoria reunieron, a veces con grandes sacrificios, valiosas y nutridas bibliotecas. La morada de Torri, lo decía Novo, acabó por convertirse en una desbordada biblioteca. Don Miguel Alessio aprovechó estancias en Europa para enriquecer la suya. Quien esto escribe tuvo la oportunidad de conocerla en la casa de su hijo Miguel, en la Ciudad de México. Miles de volúmenes bellamente empastados en piel escarlata se alineaban en los plúteos de las estanterías. La de don Vito Alessio Robles, catorce mil volúmenes y colecciones documentales y hemerográficas, halló resguardo seguro en Saltillo, cumpliendo el deseo del historiador. El

traslado a su ciudad natal fue posible gracias al interés y el esfuerzo del gobernador Rogelio Montemayor Seguy y de su secretario de Educación, Óscar Pimentel González.

Fata libri, reza la expresión latina para referirse al destino de los libros. Y salvo la perteneciente a don Vito, hoy parte del patrimonio cultural del estado de Coahuila de Zaragoza, la de Torri y la de don Artemio tuvieron destinos diferentes. A la muerte de don Julio, su familia puso en venta la biblioteca. Se le ofreció al entonces gobernador del estado, de cuyo nombre no quiero acordarme, quien desde su ingente incultura creyó gasto inútil la adquisición. La compró el gobierno de Tabasco y se encuentra en Villahermosa.

El trágico destino de la biblioteca de don Artemio de Valle-Arizpe es una historia de incuria y corrupción. Al morir el cronista de la Ciudad de México, causó sorpresa y enojo en su familia que nombrara en su testamento heredero universal a un señor de San Luis Potosí. Francisco, general revolucionario y hermano de don Artemio, enfureció. Hizo saltar cerraduras y contra todo derecho sacó muebles, libros, marfiles, porcelanas y documentos de la casa marcada con el número 14 de la antigua calle de Ajusco, de la colonia Del Valle, rebautizada Artemio de Valle-Arizpe cuando se le nombró cronista. Subió el botín en camiones y llevó todo, o parte de ello, a Saltillo, para entregarlo al Ateneo Fuente, en cumplimiento, aseguró, del muchas veces expresado propósito de su hermano. Aquello fue, en el sentido estricto, donación del producto de un robo.

La crónica del desastre se debe al escritor Armando Alanís:

Me consta que los libros de don Artemio estaban en el último piso [del edificio del Ateneo Fuente], amontonados como basura y que el lugar carecía de puertas; en su lugar habían clavado algunas cuantas tablas que se podían remover con facilidad. Algunos estudiantes nos percatamos que otros estaban entrando a robarse libros: vi bajar incunables, ejemplares virreinales empastados en pergamino y ediciones antiguas del Quijote, disimulados entre los textos de Biología y Lógica de algunos discípulos; vi cómo los hojearon en el camión.

Algunos chismosos y “bien portados” dimos aviso al director... Ninguno movió un dedo y el saqueo continuó.

En el año 2000, un oportuno incendio en el tercer piso del Ateneo borró todo rastro del saqueo.

Los adioses

*Morir es una costumbre
que sabe tener la gente.*

Jorge Luis Borges

La muerte, esa implacable, se encargó de ir desangrando la mazorca del grupo de la calle de Victoria. El primero en partir fue Francisco de Paula Mendoza. Abandonó paleta y pinceles en 1937, a los setenta

y ocho años. En 1951, con días de diferencia, fallecieron Federico González Garza, de setenta y cinco, y Miguel Alessio Robles, quien estaba por cumplir sesenta y siete. Vito falleció en 1957 a los setenta y ocho años. Artemio de Valle-Arizpe expiró en 1961, también de setenta y ocho años, y un año después, Roque González Garza, luego de celebrar su cumpleaños setenta y siete. El último en morir y el más longevo de los siete, Julio Torri, terminó sus días en 1974. Tenía ochenta y cinco años. Estaba casi sordo y ciego.

Fueron siete. Todos ocupan un lugar en la historia de México. El destino los dispersó, pero también, a veces, tuvo el capricho de entrelazar sus vidas. Todos jugaron de niños en la calle de Victoria, seis estudiaron en el Ateneo Fuente y a la sombra de los árboles de la Alameda o de la Plaza de San Francisco recibieron la machadiana flecha que les signó Cupido. En sus primeros pasos en el “Infierno”, Dante se detiene frente a una multitud de cobardes *que mai non fur vivir* (que nunca estuvieron vivos). La dura sentencia no reza con ellos. Vivieron intensamente a caballo entre dos siglos; nacieron durante el Porfiriato, atestiguaron y sufrieron la revolución. Cinco participaron en la lucha armada. Fueron siete magníficos cuyos nombres dan lustre a Saltillo.

Colina sangrienta

El Calvario

El crecimiento de la ciudad ha vuelto difícil distinguir la lomita. Con el tajo practicado en la construcción del paso a desnivel que conecta a la calle de Allende y el bulevar Venustiano Carranza, la pequeña loma se volvió casi imperceptible. Para distinguirla es necesario recorrer la única cuadra de la calle Mutualismo Poniente. Allí, el plano inclinado donde se recuesta el Centro Histórico de Saltillo se interrumpe en una arruga del terreno antes de alcanzar la llanura. Cuando aún no existía la colonia República y los alrededores eran campo abierto, desde ese altozano se dominaba en toda su extensión el anchuroso valle de Saltillo. Siglos atrás, el promontorio era conocido como la Loma del Calvario. Es tradición que en el promontorio se escenificaba el Viernes Santo la crucifixión de Jesús. En lo más alto del cerrito se erigió la iglesia que lleva el nombre del cerrito.

A pesar del evangélico nombre, el sitio se utilizó para realizar acciones nada piadosas. En tiempos de guerra, fue atalaya. Aunque modesta, la altura permitía observar a eventuales enemigos decididos a lanzar un ataque contra Saltillo desde el Norte, y por lo menos en dos ocasiones se trabaron en sus faldas sangrientos combates. Como se dice en el texto dedicado al Fortín de los Americanos, el Calvario

fue uno de los puntos donde Victoriano Cepeda concentró tropas y artillería con el propósito de resistir el cerco puesto a la ciudad por seguidores del Plan de la Noria. No fue la última vez que sería campo de batalla.

La que posteriormente se transformaría en la Revolución Constitucionalista comenzó con el pie izquierdo. El gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, desconoció a Victoriano Huerta el 22 de febrero de 1913, y salió de Saltillo. Instaló su primer cuartel en Arteaga. Después tomó la ruta del antiguo camino real hacia el Norte. Sus tropas hicieron alto en la Hacienda de Anhelo, donde brota la fuente de aguas termales llamada La Azufrosa. A los recién estrenados revolucionarios, cuenta Alfredo Breceda, se les antojó disfrutar del cercano venero:

Metidos hasta el cogote en los baños de agua tibia de Anhelo, oímos el chillido repetido y ronco de dos locomotoras por el rumbo de Paredón [una estación cercana].

—¿Qué serán esos pitidos?, preguntó [Francisco] Múgica.

—Es la máquina que nos manda D. Pablo González con provisiones, de Monclova, contestó [Jerónimo] Treviño.

Estaban equivocados. Los trenes no eran los de González, sino otros procedentes de Monterrey cargados de soldados federales al

mando del general Fernando Trucy Aubert. Chapoteando, Breceda, Múgica y Treviño salieron disparados en busca de Carranza. “Yo, a medio vestir —escribió Breceda— corro hacia el rancho, busco mi caballo para unirme a las fuerzas que, a la desbandada, salen de la Hacienda de Anheló, siguiendo el polvo que tras de sí dejaba [el coronel Luis G.] Garfias, y mientras ensillo y cojo mis maletas, los federales llegan al caserío[...]” Se salvaron de milagro. Como pudieron, reagruparon a los dispersos y atacaron a los federales.

Los periódicos de la Ciudad de México, controlados por Huerta, magnificaron el hecho. “Esta escaramuza que no tuvo, porque no podía revestir, ninguna importancia, dio motivo a la prensa de la Ciudad de México para decir que las fuerzas del gobernador de Coahuila habían sufrido un completo descalabro, siendo aniquiladas, y que don Venustiano tomaba el camino a la frontera para internarse, por Piedras Negras, en los Estados Unidos”, dice Juan Barragán Rodríguez, autor de la *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*.

Urgido de hacer saber al país que la revolución continuaba en pie de lucha, Carranza concibió un golpe de audacia: atacar Saltillo. Por informes recibidos, creyó que la plaza estaba deficientemente protegida. Se equivocaba. El gobierno huertista había reforzado con más hombres y armamento a la ciudad. Aunque llegó tarde, cuando sitiados y sitiadores ya intercambiaban disparos, Alfredo Breceda es, hasta donde me ha sido posible averiguar, el único de los parti-

cipantes de la fallida toma de Saltillo que nos dejó sus impresiones de ese hecho de armas.

A las once de la mañana del Viernes Santo ya habíamos llegado a Los Cerritos [lomas gemelas inmediatas al Museo del Desierto], a dos kilómetros de Saltillo. La balacera muy nutrida que se escuchaba en las calles de Saltillo, nos hizo detenernos para orientarnos y tomar dispositivos de combate. El capitán Hipólito Ruiz y el de igual grado Santos Dávila, habían sido mandados por el Sr. Carranza desde la noche anterior, y asediaban valientemente por dos rumbos distintos las fuerzas de la plaza.

Carranza dispuso dividir sus efectivos y atacar la ciudad desde diferentes puntos.

Hipólito Ruiz y Santos Dávila Arizpe, con sus dos respectivas fracciones, por el rumbo en que se encontraban [?]; el teniente coronel Antonio Portas, con el mayor Cayetano Cadelo, por el Norte, que era el lado más débil, pero al que habían de concurrir fuerzas del teniente coronel Luis Gutiérrez; y, finalmente, el teniente coronel Francisco Sánchez Herrera, con una pequeña escolta de Caballería, para que se lanzara al ataque hasta el centro de Saltillo; lo

que estuvo haciendo toda la tarde, hasta sentirse herido en un brazo.

La escritora María Concepción Recio Dávila ubica las fuerzas carrancistas sobre un plano actual de Saltillo: “[...] la noche del 21 los revolucionarios distribuyeron sus tropas [...] En el norte y en el noreste se apostaron en el antiguo rancho La Porra, a unos trescientos metros al norte del Ateneo Fuente, por el hoy bulevar Carranza. También acamparon en la industria El Kelso, ubicada en las inmediaciones del actual bulevar Francisco Coss[...].”

En la mañana del día siguiente, Viernes Santo, principiaron las hostilidades. El más numeroso de los contingentes revolucionarios avanzó desde el Norte. Iba al mando de Hipólito Ruiz y Santos Dávila Arizpe. “Se pensó —agrega Recio Dávila— que sería el ataque definitivo al centro de la ciudad, por lo cual se ordenó a los tenientes coroneles Luis Gutiérrez y Francisco Sánchez Herrera lanzar su caballería rumbo a la calle de Allende al empezar la batalla, que comenzó a las ocho de la mañana.” Gutiérrez debió de abandonar el punto, pues, asegura Breceda, horas después se encontraba en Los Cerritos con don Venustiano.

“A las tres de la tarde se generalizó el combate, y todo el día y la noche fue subiendo de punto, cada vez más nutrido el tiroteo y encarnizado[...].” Algunos revolucionarios lograron llegar hasta la Plaza de Armas, pero fueron recibidos con una lluvia de balas

disparadas por federales apostados en las torres de la Catedral, y se replegaron.

Para contener a los atacantes en el Norte, el general federal Arnoldo Casso López, defensor de la plaza, destacó en el Calvario a un contingente del 47º Batallón de Caballería con la misión de cortar el paso a los atacantes. Una y otra vez los federales rechazaron a la caballería de Ruiz y de Santos Dávila. “Al amanecer del Sábado de Gloria, fue más reñido, y nos dimos cuenta de que el enemigo recibía refuerzos de Caballería por el rumbo de Concepción del Oro, y de que nuestras bajas eran ‘numerosísimas’.” Carranza mandó reconcentrar las tropas e iniciar la retirada rumbo a Los Mesones.

El asalto fracasó. Se desconoce el número de muertos y el de los heridos, pero debieron de ser muchos. Breceda reconoce que las bajas de los revolucionarios fueron cuantiosas. Él sólo identifica a uno de los muertos, Francisco Flores, quien operaba la única ametralladora de los atacantes. Del teniente Manuel Beristáin dice: “[...] según parece, fue muerto o hecho prisionero por el lado de la Alameda.”

La Cruz Blanca Neutral, dedicada a atender a los heridos sin distinciones de bando, instaló un hospital de sangre en la ciudad. Debió de estar muy atareada, pues días después solicitaba ayuda de los saltillenses a fin de poder continuar su humanitaria labor.

En el afán de minimizar la costosa derrota sufrida en la capital de Coahuila, Alfredo Breceda hace un flaco favor a don Venustiano

Carranza, a quien describe como hombre capaz de sacrificar vidas humanas únicamente para conseguir publicidad: “El señor Gobernador creyó que con lo hecho ya era bastante para dar a conocer a toda la República que la Revolución no se había extinguido por Trucy Aubert en Anheló, toda vez que de manera tan formidable se atacaba a la capital de Coahuila.” Y no contento, se atreve a rematar, subrayando la supuesta insensibilidad del hombre de Cuatro Ciénegas:

Al día siguiente seguimos el camino con más tranquilidad.

El señor Gobernador decía de cuando en cuando:

—¿Todavía dirán en México que voy a entrar en componendas con Huerta?

¿El cruento fracaso de la toma de Saltillo y sus decenas, quizás centenares de víctimas, había sido sólo una estrategia publicitaria? Como reza la expresión popular: “No me defiendas, compadre.”

Una residencia para Francisco Villa

La casa de los Arizpe

Frente a la Plaza de la Independencia, la señorial casona porfiriana, donde hoy saltillenses y visitantes ocupan los equipales y las mesas del restaurante allí instalado, cierto día de mayo de 1914 vio entrar en medio de una nutrida multitud a un hombre nimbado de leyenda: Pancho Villa.

“Repiques, gritos, disparos y pelotones de caballería corriendo a toda brida por las calles, eran claros indicios de que las tropas revolucionarias ocupaban la ciudad.” Era el 20 de mayo. En su huída, los soldados huertistas al mando del general Joaquín Mass dejaron como recuerdo el Casino en llamas, bancos y tiendas saqueadas y comerciantes asesinados al intentar inútilmente defender sus pertenencias. El edificio del Casino ofrecía un aspecto desolador: “Las paredes blancas de toba caliza se habían convertido en negras; las puertas quemadas, los techos desplomados, y en los pisos y en sus cercanías, un hacinamiento de escombros.”

El 3 de abril de 1914, la caída de Torreón en manos de los villistas provocó un efecto dominó. Sin dar descanso al enemigo en fuga, la División del Norte lo atacó en San Pedro de las Colonias. Tras el mortífero cañoneo dirigido por Felipe Ángeles, los federales también abandonaron esa ciudad. Al replegarse, las tropas de Victo-

riano Huerta cometieron un garrafal error de estrategia: apostaron cinco mil hombres en la estación ferroviaria de Paredón, antesala de Saltillo. Demasiados para un puesto de observación; muy pocos para hacer frente al impetuoso avance de los revolucionarios. Paredón era unas cuantas casas y la estación ferrocarrilera. Frente a ésta, el ancho y árido llano tostado por el sol.

Francisco Villa lanzó contra la estación y el caserío a su centelleante caballería, que en quince minutos barrió a la guarnición apostada en el lugar. “Un huracán de caballos y de hombres pasa raudo por nuestros flancos. Es un espectáculo grandioso. Seis mil caballos envueltos en polvo y en sol”, apunta el saltillense Vito Alessio Robles en sus *Memorias*. Espectáculo grandioso, en efecto, pero también la última carga de caballería exitosa de la historia. Un año después, Villa intentaría repetir una y otra vez la hazaña de Paredón en las batallas del Bajío. Naufragó. Su enemigo, el general Álvaro Obregón, había estudiado las tácticas de la Primera Guerra Mundial que se libraba en Europa. El sonorenses conocía la eficacia de trincheras, alambradas y nidos de ametralladoras para cuando de contener cargas de caballería se trataba.

Gordo y trompudo

La batalla de Paredón abrió de par en par las puertas de Saltillo a los villistas. Entraron sin encontrar resistencia. Los primeros contingentes en llegar fueron las brigadas de los generales José

Isabel Robles, Maclovio Herrera, Toribio Ortega y Trinidad Rodríguez. Pocos días después lo hizo Villa. Entre los saltillenses crecía la expectación por el próximo arribo del afamado revolucionario, convertido ya en figura internacional. Al conocerse la noticia de su arribo, la gente se arremolinaba deseando verlo. Doroteo Arango era ya una celebridad. El pueblo, cuenta don José García Rodríguez, se aglomeraba ansiando conocer al célebre guerrillero, quien solía salir a la calle “montando magnífico caballo enjaezado, no a la usanza ranchera, sino como podría serlo el de cualquier alto jefe del régimen caído. Vistiendo uniforme de campaña y tocado con casco inglés.”

Las deslumbrantes hazañas bélicas aureolaban su imagen, mas al parecer no correspondían al aspecto del hombre. A García Rodríguez, quien lo vio de cerca, le pareció, físicamente, una figura escasamente heroica, pues era, dice, gordo y trompudo. “Desprovisto de actitudes gallardas, el color amarillento, el mentón deprimido, los labios abultados bajo el ralo y rojizo bigote, los pequeños ojos de escurridizo mirar, cuya habitual contracción ahondaban las patas de gallo de las sienas.”

La residencia de don Francisco Arizpe y Ramos estaba lista para recibir al jefe de la División del Norte. El licenciado Jesús Acuña, nombrado gobernador de Coahuila por Venustiano Carranza, se había ocupado de hacer los arreglos, pero, asegura Miguel Alessio Robles, el Centauro se hospedó primero en la casa de doña Tulita

Morales, “mujer muy hacendosa, buena, caritativa, piadosísima” y suegra del licenciado Acuña.

“Inmediatamente comenzó doña Tulitas a preparar las habitaciones para el célebre y feroz caudillo duranguense. La mejor cama de la casa fue destinada para Villa. Parecía que había llegado un arzobispo. Sábanas de lino, sarapes abigarrados de Saltillo, un rodapié flamante y una blanca colcha de las de nido de abeja tejida a mano, todo lucía en ese lecho destinado a un monarca de aquellos que atravesaban los campos de Castilla, tantas veces descritos por el viejo Unamuno y Azorín.”

Si la cama era espléndida, no lo fueron menos los manjares ofrecidos al huésped durante su estancia en la casa de doña Tulitas: caldo de gallina, fritada de cabrito, huevos rancheros, chile con queso y unas enchiladas “adornadas apetitosamente.”

“Pocos momentos después, el general Villa estaba sentado en la mesa, rodeado por todos los familiares de doña Tulitas Morales, que con sus ojos claros y húmedos, el cabello rubio partido a la mitad hecho trenzas y recogidas en forma de ‘chongo’, presidía la comida.” Lo que más llamó la atención al Centauro “fue un soberbio platón de arroz de leche, ricamente preparado, espolvoreado con polvo de canela, adornado con pasas de uva y almendras doradas: en el centro una roja flor de geranio; las blancas orillas del platón ostentaban de trecho en trecho frescas y lustrosas hojas de naranjo; con multicolores confites escribieron esta rumbosa dedicatoria: ‘Al vencedor de Torreón.’”

Villa permaneció varios días en la casa de los Morales. Luego se mudó a la residencia de los Arizpe. Casi de inmediato, comerciantes, banqueros industriales y agricultores se acercaron al saltillense Vito Alessio Robles, miembro de la División del Norte, pidiéndole les solicitara una audiencia con el caudillo, pues, dijeron, deseaban presentarle sus respetos. Don Vito transmitió al general Villa la petición de los prohombres ciudadanos, quienes esperaban la respuesta en la plaza.

Al general Villa le brillaron los ojos de contento y noté un extraño fulgor cuando escuchaba. Al terminar mi embajada me dijo:

—Sí, tráigamelos hoy mismo, a las cuatro de la tarde.

A las cuatro acompañé a la comisión compuesta por unas 20 personas. El distinguido poeta coahuilense don José García Rodríguez, que es al mismo tiempo agricultor desafortunado, fue el encargado de la salutación.

Villa nos recibe en su recámara. Estaba sentado en su cama, pero al vernos se incorpora. Sus piernas estaban cubiertas por altas mitazas de finísima piel, su busto lo cubre una camisola de seda y su cabeza deja ver los cabellos ensortijados por tener el sombrero echado para atrás. De su cintura, en el lado derecho, y echado hacia adelante, pende un enorme pistolón 45.

El encuentro no fue nada alentador. En respuesta a la salutación de rigor, Doroteo Arango lanzó una amenaza muy poco velada:

Yo también deseo cordialmente que mi estancia en Saltillo les sea grata a ustedes. Ya sé que todos ustedes ayudaron a Victoriano Huerta... —hizo un silencio y clavó la vista en todos— pero sé... —agregó pausadamente— que lo ayudaron por la fuerza, quiero que ustedes me ayuden por la justicia. Porque si no me ayudan ustedes, ¿cómo “manijo” estos 18 mil hombres que “truje”?

Al igual que en cuanta ciudad ocupaban los villistas, empezaron las extorsiones, los apresamientos arbitrarios, los simulacros de ejecución para amedrentar a quienes no entregaban las sumas exigidas. En esos días de terror, la casa de don Francisco Arizpe y Ramos no sólo sirvió de cuartel general y cárcel, también de salón de fiestas.

Eufóricos por sus recientes triunfos, los Dorados organizaron un baile en la mansión. Para el efecto, cuenta Miguel Alessio Robles, invitaron a un buen número de prostitutas. Las ataviaron espléndidamente, sacando “de los armarios los ricos vestidos de Lolita Aguirre, que su padre, don Eugenio Aguirre, le había encargado a París a mediados del siglo pasado [diecinueve]. Vestidos de tisú de oro y de crujiente seda, que dejaban al descubierto los blancos

y redondos hombros de aquellas alegres mujeres, que mientras la música no tocaba salían a los balcones a respirar el aire fresco de la noche estrellada.”

Asomadas a la plaza, “los grandes abanicos de plumas los agitaban sin cesar, y las largas colas de los espléndidos vestidos les estorbaban para moverse armoniosamente al compás de los bailes modernos. Nadie había bailado en aquellos amplios y espaciosos salones. Los retratos al óleo de los actuales dueños de la casa, suspendidos en los muros, contemplaban la audacia inconcebible de ‘Los Dorados’ cuyos recios zapatos se hundían en las mullidas alfombras jamás holladas por ningún pie plebeyo.”

Durante la estancia de Doroteo Arango en Saltillo, se vio por única vez con el general Pablo González, Jefe de la División del Noreste. Previo intercambio de mensajes telegráficos, acordaron la reunión. González estaba en Monterrey, y el 28 o 29 de mayo, cuenta Manuel W. González, se trasladó a la capital de Coahuila en “un tren liviano con un coche y tres carros donde iba una escolta de cien hombres únicamente.” El convoy llegó a la estación hacia las cuatro de la tarde, donde Toribio Ortega y un grupo de colaboradores del Centauro le dieron la bienvenida. González ordenó a la escolta se acuartelara en la estación, y entró a la ciudad con diez hombres. Don Pablo se instaló en la residencia de don Marcelino Garza, situada en el costado poniente de la plaza de los Hombres Ilustres [hoy Plaza Manuel Acuña], donde funciona actualmente

el Hotel Jardín. Quizás la ocupación de la casa se hizo con la venia del propietario. Don Marcelino Garza era amigo de don Venustiano Carranza y fue en la hacienda de Guadalupe, de la que era dueño, el lugar elegido por el Primer Jefe para lanzar el plan de ese nombre.

Media hora después de haber ocupado la casa, se presentó Villa. “Profunda impresión nos causó a los jefes y oficiales del nordeste la vista del famoso guerrillero —recuerda Manuel W. González—, quien nos saludó sonriente y nos abrazó como lo había hecho con el general González.” El jefe de la División del Norte “vestía pantalón blanco, polainas, guerrera color kaki y gorra sin insignias[...].” Después de saludos y abrazos, los generales Villa y González conversaron en privado una hora y media, “acordando que las fuerzas del nordeste se hicieran cargo de la ciudad, relevando a las del general Villa, que al día siguiente saldrían a Torreón.”

Esa noche se reunieron de nuevo para la cena en la residencia de Villa. El jefe del Ejército del Noreste llegó a la cita con puntualidad inglesa, a las siete y media. Fue acompañado únicamente del general Teodoro Elizondo. Como muestra de deferencia, Villa cedió al general González la cabecera de la mesa.

“Al levantarse, el general Villa invitó a don Pablo a que dieran una vuelta por la plaza”, que a esa hora estaba “casi a oscuras y completamente solitaria; y habrían dado cuatro o cinco vueltas platicando sobre la campaña y otros tópicos militares, cuando apareció un grupo de soldados en la plaza, al parecer ebrios y lanzando gritos

de ‘¡Viva Villa!’, repetidos muchas veces, y ‘¡Viva Villa. Hijos de la jijurria...’ revueltos con otros adjetivos tan retumbantes y sonoros cuanto difíciles de reproducir.”

El general González, la compostura personificada, le dijo “con toda seriedad” a Villa: “Compañero: sírvase ordenar que se acuartelen esos soldados y que ya no los dejen salir, porque esto es escandaloso y alarmante para los habitantes pacíficos de la ciudad.”

El general Villa se dirigió a Toribio Ortega, que caminaba unos pasos atrás, ordenándole: “Manda a esos borrachos a sus cuarteles y ordénales que no vuelvan a salir, porque les va mal —y volviéndose hacia don Pablo, dijo a modo de disculpa—. Hay que permitirles algunas cosas a estos muchachos pa’ que siquiera se mueran a gusto si les toca enfriar en alguna batalla.”

Al despedirse a las 10:30 de la noche Villa confirmó a su acompañante que al día siguiente, por la tarde, saldría a Torreón.

El general González instaló su Cuartel General en el edificio ubicado en la esquina oeste de las calles de Zaragoza y Ocampo, a un costado del Palacio de Gobierno. Allí tenía su comercio y domicilio don Bernardo Sota, quien, como muchos saltillenses de recursos, abandonó la ciudad al comienzo de la revolución. Por coincidencia, el día que Villa partió a Torreón, en la Ciudad de México, donde radicaba temporalmente la familia Sota, nació Esperanza, hija de don Bernardo y su esposa.

“Istranjeros” y mexicanos

Sin el anticlericalismo rabioso de algunos carrancistas, Pancho Villa tenía pésima impresión de los sacerdotes católicos, en especial si eran extranjeros. “Los curas, tal como yo los he conocido en los pueblos chicos e incluso en las ciudades grandes de Chihuahua, son miserables pordioseros de mente y cuerpo”, declaró a John Roberts, reportero del *New York American*. Y remató: “Viven como los piojos: a costa de otros... Y todos viven de la gente pobre que apenas tiene que comer y para medio vestirse.”

“Eudistas franceses del templo de San Francisco de Asís; dominicos españoles del Santuario de Guadalupe; jesuitas del Colegio de San Juan, y sacerdotes del clero secular” fueron encerrados en las habitaciones de la casa que ocupaba el revolucionario. “Sin alimentos, ni camas y aun sillas para sentarse, estuvieron más de una semana ignorando cuál sería su suerte.”

Luego de una semana de incertidumbre y comprensible temor, los recibió en la sala, “recostado en un sofá, abierto el cuello de la camisa, dejando ver el pelambre del pecho; enrolladas las mangas hasta más arriba de los codos el zarakof echado hacia atrás, al descubierto la pistola y la canana repleta de cartuchos, cascando y comiendo nueces.”

Mandó separara a los mexicanos de los “istranjeros”. Liberó a los mexicanos, recomendándoles ir a decir sus “misitas y sus rosarios”. A los “istranjeros” les exigió le entregaran el día siguiente

un millón de pesos. Como no lo hicieron, los llevaron a una casa vecina, deshabitada. Allí simulaban fusilamientos y colgamientos, para que descubrieran el sitio del “entierro”.

Finalmente, los sacerdotes “istranjeros” fueron hacinados en un carro de los usados en el transporte de ganado. Lo engancharon a uno de los trenes militares en los que partió la División del Norte rumbo a La Laguna, no sin antes cargar con todo lo que pudieron. Los sacerdotes “istranjeros” continuarían su viaje hasta el destierro.

Sentencia no cumplida

Hotel Coahuila

El edificio del Banco de Coahuila, desaparecido en los años sesenta del siglo pasado víctima de la bárbara piqueta de una modernidad mal entendida, era el orgullo de la ciudad. A principios del siglo pasado constituía el emblema del progreso de un Saltillo de treinta y cinco mil habitantes que empezaba a desprezarse gracias al desarrollo impulsado por el régimen de Porfirio Díaz. La mole de cantera rosa sobresalía orgullosa por encima del achaparrado entorno de casas de adobe, la mayoría de un solo piso. Además del banco, el edificio albergaba un hotel, el más elegante y confortable de la ciudad. A fines de 1919, en el Hotel Coahuila se hospedó el más grande de los tenores del mundo, Enrico Caruso, quien pernoctó en Saltillo, pues el ferrocarril en que viajaba no se movía de noche a causa de la inseguridad imperante.

Diez años antes, en 1909, durante su recorrido por la República, el italiano Adolfo Dollero, autor del libro *México al día*, se hospedó allí. “En Saltillo —recordaba— fuimos alojados como príncipes; el Hotel Coahuila no es solamente elegante, sino que tiene todas las comodidades modernas y además la particularidad de que todos los cuartos tienen balcón o ventana a la calle; por tanto, respirábamos a pulmones llenos el aire de los montes, tomando también, del diario,

baños de luz.” Y esas no eran las únicas cualidades del hotel, pues en su restaurante, asegura Dollero, “se comía bien y se pagaba poco.”

Meses después de la estancia de Dollero en la capital de Coahuila, desde el balcón principal del edificio del Banco de Coahuila Francisco I. Madero, candidato a la presidencia de la República, habló al gentío reunido en la calle de Allende. Aunque carecía de apostura física y tenía voz aflautada, Madero inflamó el ánimo de quienes lo escucharon al pronunciar una palabra entonces de estreno en México: democracia.

Cientos, miles de historias pudo contar el edificio. Sin embargo, uno de los momentos más dramáticos de los que fue escenario ocurrió entre el 18 y 21 de noviembre de 1913, durante el efímero gobierno militar del estado que encabezó el general José Refugio Velasco. En esa ocasión, un futuro candidato a la presidencia de la República se levantó de la mesa sin saber que le esperaba una sentencia de muerte.

El general Velasco, uno de los militares más capaces del Ejército Federal que combatía a los revolucionarios, gozaba de bien ganada fama de “hombre íntegro, valiente y amable con sus subordinados.” Vito Alessio Robles, quien lo conoció en Sonora, lo describe: “De estatura regular, más bien bajo, moreno, delgado, cojo, y con ojos vivos cubiertos con lentes.”

Velasco hizo escala con sus tropas en Saltillo el 21 de octubre de 1913, antes de recuperar Torreón, ocupada por los revoluciona-

rios. Cierta día de noviembre de 1913 fue a comer al restaurante del Hotel Coahuila. Lo acompañaban su hijo Salvador, el general Juan Andreu Almazán y el teniente de ingenieros Luis Gutiérrez Camerón. Esa pudo haber sido la última comida de Almazán.

“A media comida —contaba tiempo después Salvador Velasco—, se presentó un oficial ayudante del Cuartel General portando un telegrama ‘muy urgente’. Mi padre me ordenó que lo abriera, interrogándome de quién era. Al leerlo me di cuenta que lo firmaba el general [Victoriano] Huerta. Al enterarse de ello el general Velasco [...] inmediatamente nos dirigimos a las oficinas del Cuartel General, cuyas oficinas se encontraban a bordo de un carro Pullman, en la que entonces se conocía como Estación del Golfo[...].”

Ya en el vagón Pullman habilitado como oficina, Salvador entró al privado donde se guardaban las claves para decodificar mensajes, de las que él era el encargado, para descifrar el telegrama. El general permaneció en el andén de la estación tratando diversos asuntos con jefes y oficiales.

“Descifré el mensaje, que por su brevedad y aspereza se me quedó grabado en la mente para toda la vida, y decía: ‘Fusile inmediatamente a Juan Andreu Almazán. Conteste informando. - V. Huerta’.”

Almazán era hombre muy cercano al general Velasco, quien le llamaba Güero, pues sin tener rubio el cabello, era blanco, joven y

delgado. Por primera vez en su vida, el curtido militar se vio en la disyuntiva de cumplir entre su deber, la orden del presidente Huerta, y por lo tanto Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas, o atender a sus afectos y a su sentido de justicia.

Salvador le entregó el telegrama. El general lo leyó en voz baja, movió la cabeza, y le ordenó: “Llama al Güero.” Salvador narra cómo encontró en el andén a Juan Andreu. “Mi general, lo llama a usted el General en Jefe”, le dijo.

“Inmediatamente subió al carro y yo le seguí. Al llegar a donde estaba el general Velasco, le mostró el telegrama. El general Almazán, después de leerlo un tanto nervioso y asombrado, se lo devolvió y le dijo: ‘Mi general, estoy a sus órdenes’. Mi padre le contestó: ‘No, Güero, yo no asesino a nadie’, y dirigiéndose a mí me ordenó: ‘Conteste en clave al señor Presidente diciendo que no puedo cumplir sus órdenes por encontrarse el general Almazán en Monterrey a las órdenes del general Ricardo Peña.’”

En seguida formó un cuerpo que al mando de Almazán partió a Nuevo León. Nunca recibió respuesta de Huerta. Cinco meses después, en abril de 1914, tras una épica defensa de la plaza, Velasco entregaría Torreón a las tropas de Francisco Villa.

Destinos divergentes

José Miguel Nepomuceno Refugio Velasco nació en Aguascalientes en 1867. Egresado del Heroico Colegio Militar, luchó contra los

franceses a las órdenes del general Mariano Escobedo. Asistió a la batalla de San Jacinto y al sitio de Querétaro, último refugio del oropeseco imperio de Maximiliano.

A pesar de los turbulentos cambios políticos, mantuvo invariable una lealtad sin fisuras al ejército. Sirvió desde el régimen de Benito Juárez hasta el de Victoriano Huerta. Fue en el gobierno del magnicida cuando sufrió el capítulo más amargo de su vida. Derrotado por Villa en Torreón, fue el encargado de disolver el Ejército Federal luego de la firma de los Tratados de Teoloyucan, en 1914, los cuales sellaron el triunfo del Constitucionalismo. Aunque Carranza lo respetaba y reconocía como militar pundonoroso, a la caída de Huerta se autoexilió en Estados Unidos. Regresó a México en 1919, sólo para morir.

Personaje controvertido, el camaleónico Juan Andreu Almazán se unió a Francisco I. Madero en San Antonio, Texas, donde el futuro presidente buscó asilo después de estar preso en San Luis Potosí. En San Antonio, Almazán tuvo un desencuentro con Venustiano Carranza, cuando este retrasó su regreso a Coahuila a cumplir la encomienda de encender la mecha de la revolución. A los 18 años ya ostentaba el grado de general. Primero maderista y después zapatista, a la muerte de don Francisco se unió al Ejército Federal bajo el mando del general José Refugio Velasco. Regresó con Zapata para combatir a Carranza y colaboró con Álvaro Obregón. Candidato a la presidencia de la República en 1940, fue derrotado por Manuel

Ávila Camacho en unas elecciones plagadas de irregularidades. Retirado a la vida privada, murió en la Ciudad de México en 1965. Sobrevivió cincuenta años a la orden de Victoriano Huerta de que lo fusilaran en Saltillo.

El año de los poetas

La estación del ferrocarril

Para Aurelio de los Reyes

¿Por qué se reunió esa multitud en la estación de ferrocarril? ¿Espera al presidente de la República? ¿Quizás a un cantante de fama? ¿Acaso a la despampanante y deseable vedete Mimí Derba, a quien Alfonso Camil fraccionara en un dístico: “Mimí Derba, tres cuartos de Afrodita y un cuarto de Minerva”? No, la ansiosa muchedumbre aguarda paciente, desde las primeras horas de la mañana, la llegada de un poeta. Eran otros tiempos, ni duda cabe, tiempos en que los poetas atraían tantos o más fanáticos como ahora los cantantes de rock.

Para dimensionar el alto aprecio por la poesía y los poetas en el México de entonces, basta recordar los apoteósicos funerales de Amado Nervo, muerto en Montevideo, Uruguay, el 24 de mayo de 1919. El presidente uruguayo encabezó las honras fúnebres y declaró luto nacional. Los restos del nayarita fueron embarcados a México; a la nave que los conducía a Veracruz la escoltaron dos barcos, uno argentino y otro con bandera de Cuba. Durante la travesía, le rindieron homenajes en Venezuela y en Brasil. El cuerpo llegó a la Ciudad de México el 19 de noviembre, y se calcula que trescientas mil personas, una tercera parte del total de los habitantes de la capital, salieron a la calle a contemplar el paso del cortejo.

Toda proporción guardada, el arribo a Saltillo de un poeta español hoy casi olvidado, Salvador Rueda, provocó enorme alboroto. De creerle al corresponsal del periódico *El Universal* de la Ciudad de México, “la ansiedad y el júbilo que sentían” quienes se dieron cita en la estación del ferrocarril “era inimaginable.”

Según el mismo diario, aquel 10 de febrero de 1917 se congregaron en la estación de Saltillo “los elementos más heterogéneos, pues se hallaban reunidos Sindicatos, Sociedades, Clubes Políticos y agrupaciones de todas las clases, además de numerosos empleados del Gobierno, de la Banca, de la Industria, del Comercio y cantidad de militares”, publicó el mismo diario.

Por fin, tras largas horas de espera, entró por el poniente el tren que conducía a Salvador Rueda, “príncipe de los poetas españoles contemporáneos”, como lo llamó un cronista. El reloj marcaba la 1:15 de la tarde cuando descendió del carro del ferrocarril, “siendo recibido por nutridos aplausos y ensordecedores vítores.”

Nariz aguileña, abundante cabellera ondulada, frente amplia, mentón firme y barbilla adelantada sin llegar al prognatismo, Rueda estaba lejos de parecer el clásico poeta bohemio desmelenado. Al contrario, se hacía evidente el cuidado que ponía a su atuendo. Desde la escalerilla del vagón saludó a la multitud con la rígida cortesía de quien está acostumbrado a despertar el fervor popular.

“De la estación —continúa la nota periodística— marchó el poeta al Hotel Coahuila, siguiéndole hasta allí la numerosa

manifestación, que permaneció frente a dicho establecimiento tributando al ilustre huésped toda clase de manifestaciones de simpatía.”

El recién llegado gozaba de fama en todo el continente americano. Nacido en una aldehuela de la provincia de Málaga en 1857, fue autodidacto. Sobrevivió desempeñando los más disímboles quehaceres: jornalero, como su padre, obrero en una fábrica de guantes, monaguillo, corredor de guías en el puerto de Málaga, fabricante de juegos pirotécnicos y periodista. La pobreza no le impidió cultivarse. Cuando leyó a Jorge Manrique, a Garcilaso y a Góngora descubrió su vocación.

Decidido a romper con los cánones del siglo XIX, se le considera precursor del modernismo en España. Eso le atrajo la inevitable animadversión de los tradicionalistas, animosidad aumentada por la audacia de algunos de sus versos y novelas, una de ellas titulada *La cópula*. Don Juan Valera, novelista muy admirado y leído, se indignó cuando Rueda publicó su volumen de poesías *Himno a la carne*. Afincado en la rígida moral decimonónica, no dudó en calificar el contenido del libro como una expresión de “sensualidad enfermiza.” Al autor de *Juanita la Larga* y otras novelas consideradas hoy cuentos rosas por críticos, seguramente se le atoraron en su conservadora garganta las alusiones eróticas contenidas en *Himno a la carne*:

Es tu carne de ágata y de rosa
donde el sol con la nieve se combina,
dotada de una luz casi divina,
casi extrahumana, casi divina.

Tu seno en flor de redondez de astro,
es una clara piedra de alabastro
que deja ver transparentarse el día.

Consciente del papel de *l'enfant terrible* que había desempeñado en su juventud, Rueda recordaría años después: “En la época que me tocó la misión dictada por la Naturaleza, de empezar la revolución de la poesía castellana, se produjo inaudita sorpresa e insólito asombro en el público [...] pedían mi cabeza a grandes gritos, creyéndome loco de atar y digno de camisa de fuerza.”

Cuando vino a Saltillo en febrero de 1917, los escándalos pertenecían al pasado. Era un escritor laureado. Tenía sesenta años. Su voz de poeta era otra, a tal grado que Rubén Darío, que fue su amigo, lo criticó por la pérdida del impulso renovador que lo distinguió en sus años mozos.

Certamen internacional de poesía

La prensa siguió con interés la visita del poeta desde mucho antes de que pisara tierras mexicanas. Aun cuando viajó al continente americano en cinco ocasiones, venía a nuestro país por primera vez. Desde el 27 de enero, *El Universal*, periódico de la Ciudad de México, dio a conocer un despacho fechado en Saltillo informando que el poeta “participó telegráficamente el día de ayer al periodista Gustavo Solano, Director del diario *La Reforma*, que se edita en esta capital, su salida de La Habana rumbo a Veracruz.”

Su viaje lo organizó y muy seguramente lo costeó el Gobierno de Coahuila, pues, como agrega la noticia, “El señor Rueda[...] ha sido invitado por el señor Gobernador del Estado [licenciado Gustavo Espinosa Mireles] y por el elemento intelectual del mismo, a fin de que conozca la República[.]”

El programa de la visita a Saltillo culminaría con una “solemne velada lírico-literaria, en la que se dará lectura a las bases de los juegos florales hispano-americanos, de los que serán jueces Rueda, [Eduardo] Marquina y [Francisco] Villaspesa, actuando como mantenedores el C. Don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, [el] licenciado Gustavo Espinosa Mireles, gran latinista, y el periodista Gustavo Solano.”

Espinosa Mireles, gobernador jovencísimo —en febrero de 1917 aún le faltaban cuatro meses para cumplir veintiséis años—,

fue el primer mandatario coahuilense después del triunfo de la Revolución Constitucionalista. Durante su gobierno auspició la creación de la primera organización obrera nacional, realizó numerosas obras públicas e impulsó la educación. Era un hombre culto y quizás no exageraba *El Universal* al considerarlo gran latinista. Se sabe, incluso, que escribió versos.

Al planear el certamen internacional de poesía, en aquellos tiempos llamados Juegos Florales, Espinosa Mireles pensó en grande. Podría decirse, utilizando la conocida expresión coloquial, que materialmente echó la casa por la ventana. No sólo invitó a Rueda. También apuntó a lo más alto de las letras españolas en ese momento cuando pensó en los otros dos miembros del jurado: el dramaturgo Eduardo Marquina (Barcelona, 1879-Nueva York, 1946) y el poeta Francisco Villaespesa (Laujer de Andrax, 1877-Madrid, 1936). Ambos estaban en la cúspide de su gloria y pertenecían a la crema de la crema de la élite intelectual hispana junto a Unamuno, Pérez Galdós y Antonio Machado.

Nombrar a don Venustiano Carranza mantenedor de los juegos constituyó, además de un gesto de cortesía de Espinosa Mireles hacia el Primer Jefe —a quien había servido como secretario particular—, el reconocimiento al buen lector que fue el de Cuatro Ciénegas. De la afición de Carranza a los libros, y no únicamente de historia, habla el poeta José Juan Tablada en sus memorias *Las sombras largas*. Tablada lo trató cuando era senador, y le sorprendió el refinado gusto literario del coahuilense.

Viaje azaroso y dramático

El viaje del poeta de España a Cuba tuvo matices trágicos. En esos tiempos no era seguro embarcarse; en Europa se libraba la Primera Guerra Mundial y los submarinos alemanes merodeaban por el Golfo de México.

El Universal dio cuenta a sus lectores de los avatares de la travesía:

A finales del mes de diciembre [de 1916], en el transatlántico español que hacía su viaje el señor Rueda de España a La Habana, donde había dispuesto permanecer unos cuantos días, cuando sucedió que el mar se embraveció y cayó una tormenta, que el transatlántico pudo combatir hábilmente; no sucedió así con otro vapor, también español, el *Pío IX*, que hacía la travesía a la América del Sur, que cuando gallardamente se defendía de las embravecidas olas, tuvo la desgracia de ser visto por un submarino alemán; quizá uno de los buques que acompañaban al corsario teutón lo torpedeó y sepultó en el fondo del mar.

Cuando el transatlántico español se dio cuenta de lo acontecido con el *Pío IX* y quiso prestarle auxilio, fue tarde, pues el vapor se hundió con espantosa rapidez. Gran cantidad de náufragos del buque torpedeado murieron

ahogados por ser imposible el rescate en el mar embravecido.

Todo esto lo presencié el poeta, y fue tal su impresión y congoja por este espantoso crimen, que cuando llegó a La Habana estaba seriamente enfermo.

La enfermedad del poeta duró varios días; le quedó la dolorosa y trágica impresión de ese desastre cometido por el submarino teutón.

El Ateneo de la Juventud

Rueda permaneció varios días en Veracruz. Después partió a Tampico. De Tampico a Saltillo hizo el viaje en un tren especial dispuesto por el Gobierno de Coahuila.

Luego del apoteósico recibimiento en la estación de ferrocarriles (el edificio se conserva todavía frente al bulevar Francisco Coss) y el traslado al Hotel Coahuila, se le ofreció allí un “exquisito lunch”, al cual no asistió el licenciado Espinosa Mireles “por estar postrado en cama, víctima de penosa enfermedad desde hace tres días.” A fin de evitar especulaciones, el periodista tuvo buen cuidado de aclarar: “Aun cuando la enfermedad que aqueja al señor licenciado Espinosa Mireles no es de gravedad, sí le impide asistir a las fiestas que en honor del poeta Rueda se han organizado.”

Los festejos incluyeron una velada en el Teatro García Carrillo, donde quedó instalado formalmente el Ateneo de la Juventud, “que

ha tomado el nombre de ‘Apolo’.” El periodista Gustavo Solano hizo la presentación del ilustre invitado de honor y don José García Rodríguez pronunció el discurso oficial. La esposa de don José, doña María Narro de García Rodríguez, recitó una poesía de su cosecha. De ella, dice el periódico, “es una conocida poetisa, que ha hecho célebre el pseudónimo de ‘María de Castello’.”

La creación del Ateneo de la Juventud en Saltillo era réplica del Ateneo de la Juventud Mexicana nacido casi ocho años antes, en octubre de 1909. Formaban parte del Ateneo original los más connotados escritores y artistas del país: Isidro Fabela, José Vasconcelos, Nemesio García Naranjo, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Efrén Rebolledo, Diego Rivera, entre muchos otros.

El propósito de estos jóvenes era dar una respuesta humanística al determinismo y mecanicismo de las teorías positivistas de Augusto Comte, piedra fundamental ideológica del gobierno de Porfirio Díaz, en especial del grupo de los “científicos”. El francés Augusto Comte y el inglés Herbert Spencer proponían revalorar el espíritu científico contra todo postulado metafísico o religioso de los idealistas. Los positivistas creían sólo en la realidad física, pesable y mensurable. Las únicas herramientas confiables para conocer el mundo, afirmaban, eran la razón y la investigación, lo cual acabó por desterrar de la enseñanza oficial las disciplinas humanísticas. La Escuela Preparatoria de San Ildefonso era el templo mayor del positivismo en México, y Gabino Barreda su pontífice máximo.

“La creación del Ateneo de la Juventud marcó la ruptura entre la nueva generación literaria del siglo XIX, la cual había alejado de las aulas el cultivo de las humanidades.” En su libro *Nosotros. La juventud de México*, Susana Quintanilla asegura que la historia intelectual mexicana del siglo XX comienza precisamente con la fundación del Ateneo.

No es de dudarse que Espinosa Mireles alentara la creación del Ateneo de la Juventud en Saltillo. Una institución contraria al positivismo resultaba muy acorde a los propósitos del México posrevolucionario, dispuesto a sepultar todo aquello que despidiera olor a porfirismo.

Año de la poesía

Ese año, la invitación y la visita de Salvador Rueda a Saltillo no fue el único acto marcado por la admiración a los poetas. En octubre de '17, también por gestiones del gobernador Espinosa Mireles, se trasladaron a Saltillo los restos de Manuel Acuña, que descansan desde entonces en la Rotonda de los Coahuilenses Ilustres del Panteón de Santiago.

En su número correspondiente al 4 de noviembre, *Revista de Revistas* incluyó una crónica del acontecimiento:

La mañana del domingo anterior, 28 de octubre, se efectuó la solemne exhumación de los restos del eximio

bardo Manuel Acuña, que se encontraban sepultados en el Panteón de Dolores.

Exhumada la urna que guardaba las cenizas de Acuña, el licenciado Miguel Alessio Robles, a nombre de la intelectualidad coahuilense, pronunció una oración fúnebre exaltando al citareda suicida.

Del Panteón de Dolores, la comitiva oficial partió a la Biblioteca Nacional, “que se encontraba severamente enlutada.” Allí, los restos, colocados “en un lujoso catafalco”, fueron acompañados “durante el día por una guardia de honor, en la que se turnaron nuestros intelectuales de valía y conocidas personalidades de la política.”

En la biblioteca tuvo lugar “un acto literario musical de escogidos números.” Al día siguiente por la mañana, 29 de octubre, el catafalco fue trasladado a Saltillo en un tren especial. En la ciudad natal del poeta se honró su memoria con diversos actos oficiales.

Cinco años antes, durante el gobierno de don Venustiano Carranza, el Congreso del Estado había elevado a la categoría de villa al poblado fronterizo de Las Vacas, imponiéndole el nombre de Acuña. No cabe duda: 1917 fue en Saltillo el año de los poetas.

Pavana para una fama difunta

Encuentro doloroso si los hay. Rafael Alberti conoció muchos años más tarde a Salvador Rueda en Málaga: “¡Pero qué lástima!”, se

contristaba Alberti después al remover el recuerdo de aquellas horas cargadas de amarillenta tristeza.

Un viejo sombrerillo de fieltro le apretaba la frente y no las verdes hojas (de fúlgida hojalata) preferidas de Apolo. Sus negros anteojos y su andar casi a tientas, vacilante, buscando con la mano el filo de las cosas, parecían reclamar la presencia de un perro lazarillo. Estaba pobre, olvidado, oscurecido, como sin vista, aquel hombre, flor natural y sol en las regias diademas de tantas justas y torneos hispanoamericanos.

—Ya ve usted, yo he sido pastor y vine a Málaga de mi aldea de Benaque con la cabeza llena de panales... —me lamentó de golpe, aún antes de yo hablarle, en un hermoso y conmovido acento.

Rodeaban mi vista los llenos anaqueles empolvados de un saloncillo de la Biblioteca Provincial, de la que Rueda era director, mínima recompensa de la localidad a la larga y exaltadora obra del poeta.

—Estoy torpe, casi no veo —prosiguió quejumbroso, añadiendo, digno, con una débil sonrisa—: Hace días quise alcanzar un libro, éste de Aristóteles que ahora ve usted sobre el pupitre, pero me vine al suelo con un montón de clásicos griegos en la cabeza.”

Libros, gratitud, borracheras y amores imposibles

Biblioteca Manuel Múzquiz Blanco

Eran muchas las opciones, empezando con el nombre de Manuel Acuña, el más grande poeta que ha dado Coahuila. Pudieron escoger el de alguno de los literatos e historiadores aún vivos. Estaba, por ejemplo, Julio Torri, prosista inigualable, no reconocido, venerado, en el universo mexicano de las letras. Sus breves textos merecieron elogios de Alfonso Reyes. Un candidato ideal sería el escritor mexicano más exitoso del momento, el saltillense Artemio de Valle-Arizpe, autor de sabrosas narraciones ambientadas en la Época Colonial, académico de la lengua y que en ese año, precisamente, sería nombrado cronista de la Ciudad de México. Por su parte, el historiador Vito Alessio Robles, padre de la historia del noreste de México, exhibía también sobrados merecimientos. Su prestigio se alzaba ya sobre dos obras monumentales: *Coahuila y Texas en la Época Colonial* y *Coahuila y Texas desde la Independencia al Tratado de Guadalupe Hidalgo*. Debido a razones políticas, Carlos Pereyra, historiador de talla internacional, resultaba inelegible. Pereyra colaboró con el gobierno de Victoriano Huerta y tras la caída de este se exilió en España, de donde nunca regresaría.

En fin, no faltaban personajes merecedores de tan alto honor. Sin embargo, cuando el gobernador Benecio López Padilla inauguró la Biblioteca Pública del Estado en la Alameda Zaragoza, decidió llevara el nombre de un poeta y novelista de segunda fila, Manuel Múzquiz Blanco. Nacido en Ciudad Lerdo, Durango, Manuel vivió gran parte de su niñez y juventud en Coahuila. El historiador José María Suárez Sánchez disiente de esta afirmación, asegurando que su lugar de nacimiento no fue Lerdo, sino Monclova.

La familia del escritor radicó un tiempo en Matamoros, Coahuila, pero él estudió en Saltillo, donde cursó la primaria, fue alumno del Ateneo Fuente y obtuvo el grado de profesor en la Normal del Estado. Posteriormente se tituló como licenciado en Derecho en la Universidad de San Luis Potosí. Durante el hueratismo colaboró con el gobierno estatal del doctor Ignacio Alcocer, e igual que el médico, al triunfo de la Revolución Constitucionalista se exilió a Estados Unidos. Como muchos ex huertistas, regresó al país tras la muerte de don Venustiano Carranza y el ascenso al poder de los sonorenses.

Múzquiz Blanco alcanzó cierta notoriedad con su poesía “La Marimba”. Florencio Barrera Fuentes lo considera barrocamente “un poeta extraño en la polímnica floración ateneísta... Múzquiz Blanco —dice— nació en las áridas y frías tierras del norte y vino a cantar al trópico. La vida le llevó en su oleaje a las tierras calientes del sur de México y fue a parar en su viaje por el rumbo de Tehuan-

tepec. Allí saturó en trópico su espíritu y en éxtasis inacabable de poesía tropical hizo su ‘Marimba’[...].”

Buen orador, uno de sus últimos discursos lo pronunció en Saltillo en la ceremonia de inauguración del nuevo edificio del Ateneo Fuente. Ingresó al servicio público, aunque su pasado huerista le vedó posiciones que su inteligencia y cultura merecían. En 1932, al morir en un accidente de tránsito, era director de una penitenciaría. Antes fue secretario de la dirección del tétrico Palacio Negro de Lecumberri, hoy habilitado como Archivo General de la Nación. Paradójicamente, gracias a esta tan anti literaria ocupación, una década después, a partir del 1 de noviembre de 1942, su nombre luciría en la fachada de la nueva biblioteca saltillense.

Seguramente no fue el gobernador Benecio López Padilla quien eligió su nombre. Don Benecio, minero del carbón y después revolucionario, era hombre de pocas lecturas. Asistió a la escuela y aprendió las primeras letras, las cuatro operaciones básicas de la aritmética y no mucho más. Al parecer tenía dificultades para leer “de corrido”, como decían antes las profesoras. De esa dificultad nació uno de los encabezados más demoledores aparecidos nunca en un periódico coahuilense: “El Gobernador del Estado deletreó ayer su primer informe.” La sangrienta *boutade* fue obra del a veces ácido ingenio de Óscar Flores Tapia, futuro gobernador de Coahuila, por esos días director de un periódico semanal. La ira de López Padilla, contaba Flores Tapia, le obligó a huir de la ciudad.

A pesar de su escasa cercanía a la literatura y el arte, don Benecio realizó en el gobierno una activa labor en pro de la educación: además de la biblioteca, fundó las escuelas de Leyes, de Enfermería y la Industrial Femenil de Saltillo e intentó crear la Universidad de Coahuila. Pero no fue él, sino su medio hermano y secretario general de gobierno, el licenciado Francisco López Serrano, quien insistió en llamar Manuel Múzquiz Blanco a la biblioteca. Así pagaba una vieja deuda. Reza el refrán árabe que beneficiar a un ingrato es como perfumar a un muerto. La dura sentencia no es de ninguna manera aplicable a la memoria de López Serrano.

Peor que estudiante pobre, “estudiahambre”, a principios de los años treinta del siglo pasado Francisco dependía para subsistir en la Ciudad de México de los pocos centavos que podía enviarle su hermana desde Monclova. En la capital encontró albergue en la bulliciosa y mítica Casa del Estudiante, pero conseguir qué llevarse a la boca constituía una ardua y muchas veces infructuosa hazaña cotidiana. Al borde de la desesperación, cierto día se le ocurrió visitar a don Vito Alessio Robles. El historiador pasaba entonces una de las etapas más duras de su vida. Después de invitarlo a comer y escuchar las lamentaciones del estudiante provinciano, “[...] se dio cuenta que yo iba a solicitarle apoyo. Me explicó a grandes rasgos que su situación era muy difícil, porque había provocado con su actitud política no sólo el coraje, sino el odio de los personajes más importantes del gobierno... Entonces, con claridad, pero con pena,

le conté que en la Penitenciaría de Lecumberri dos o tres estudiantes habían conseguido que se les proporcionaran los alimentos que se les servían a los presos y los celadores; y que sabía que el secretario de la Penitenciaría, de nombre Manuel Múzquiz Blanco, era un gran poeta coahuilense, relegado en ese puesto insignificante[...]"

Hacía mucho tiempo que don Vito no veía a Múzquiz Blanco, pero dio a López Serrano un ejemplar de su más reciente obra, *Francisco de Urdiñola y el norte de la Nueva España*. Ese libro con efusiva dedicatoria fue la llave que abrió, para bien, las puertas de Lecumberri, dándole oportunidad de continuar sus estudios hasta terminarlos en la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad Nacional.

"El primero de enero de 1932 —cuenta—, libro en mano me trasladé a la Penitenciaría... Recuerdo que nadie quería llevarle mi recado al segundo funcionario del penal. Desesperado, me atreví a enviar con un celador el libro que mandaba el ingeniero Vito Alessio Robles para el licenciado Múzquiz Blanco, con la súplica de que le informara que quien traía aquel obsequio quería hablar personalmente con él."

El poeta lo recibió. Se identificaron como exateneístas, "y antes de contarle mis cuitas y mis ilusiones, me cortó la palabra y sonriendo repuso: 'Mañana mismo y todos los días, en la mañana, al mediodía y en la tarde estará a su disposición el prestigiado comedor de esta penitenciaría.'" Desde entonces, y a lo largo de dos años, el joven López Serrano recorrió de ida y vuelta, tres veces al día, los

dos kilómetros que separan la cárcel del centro de la ciudad, donde estaban la Casa del Estudiante y la Escuela de Jurisprudencia.

Nace una biblioteca

En 1942, primer año de gobierno de López Padilla, se cumplieron setenta y cinco años de la fundación del Ateneo Fuente, aniversario que habría de celebrarse sin escatimar gastos. Para coronar dignamente los festejos, el gobernador dispuso la inauguración de la Biblioteca Pública del Estado. El Ateneo y la Normal de Profesores contaban con bibliotecas, sin embargo, no existía una pública digna de tal nombre. Había funcionado una en los bajos del Palacio de Gobierno, pero desapareció.

Para instalarla se eligió un edificio existente en la Alameda Zaragoza, junto al Lago de la República que había construido el gobernador Gustavo Espinosa Mireles. “El gobierno había concesiionado dicho local a un pequeño negocio donde se reunían los estudiantes a conversar y disfrutar de magníficas nieves. El concesionario, sin poner reparos, aceptó la invitación para que allí, con distintas remodelaciones del edificio, se levantara la biblioteca.”

El propio López Serrano se encargó de comprar sesenta mil pesos de libros en la Editorial Porrúa. Se acercaba la fecha de la inauguración, y suplicó “al general López Padilla que tomara en cuenta el nombre de un gran poeta y elocuente orador, hijo del Ateneo Fuente, para que pusiera su nombre a nuestro centro de difusión

cultural. Generosamente accedió a mi súplica, y en el decreto aprobado por el Congreso del Estado a la biblioteca se le llamó, y así ha perpetuado su nombre, Manuel Múzquiz Blanco. No era tan sólo la valía del ilustre ateneísta; yo tenía con él una deuda que tenía que cubrir[...]" La ceremonia de inauguración fue solemne, llena de discursos y aplausos, pero no le faltó, en la víspera, chusca aventura protagonizada por uno de los invitados más ilustres.

Beber en burro

Magnífico escritor, aguerrido periodista, soberbio cronista de su tiempo, bebedor infatigable y excelente profesor. Así describe René Avilés Fabila a Rubén Salazar Mallén, quien estuvo a punto de morir atropellado en Saltillo por el auto del gobernador antes de escribir *Soledad*, su obra maestra. Devastador en sus opiniones, “hombre de izquierda y de derecha, comunista y fascista al mismo tiempo y destiempo”, fue uno de los invitados a los festejos del 75 aniversario del Ateneo y a la inauguración de la biblioteca.

Quizá en Saltillo no mostró su faceta de magnífico escritor, pero sí la de “bebedor infatigable”. El 1 de noviembre de 1942, víspera del aniversario ateneísta, Francisco López Serrano se entrevistó con su medio hermano y gobernador del estado. Don Benecio le refirió “con mucha sorpresa que, al transitar por una de las avenidas de la Alameda, tuvo un desagradable encuentro con un personaje montado en un asno, que llevaba una botella, la cual tremolaba

como si fuera bandera[...]” Oportuna maniobra del chofer del auto evitó la tragedia.

Con la descripción que el gobernador hiciera del estrafalario personaje, a López Serrano no le cupo duda de que se trataba de su antiguo maestro Rubén Salazar Mallén. Guiado por la fama del escritor se dirigió a “la cantina más rumbosa de la ciudad”, donde lo halló. El periodista y escritor le dio entonces su versión de lo ocurrido:

Tuve un encuentro con el señor gobernador y por poco me atropella. Quiero contarle que había, hasta este día, empuinado el codo acostado, sentado, caminando, en ferrocarril, en barco y en avión, pero nunca sobre un pollino. Alguien que conducía al animal me propuso que lo montara y me pareció una preciosa aventura tomar copas sobre el lomo de tal cabalgadura.

Salazar Mallén explicó que el peligro de ser atropellado no fue la peor parte de su “preciosa aventura”. Lo verdaderamente malo fue cuando, después de darle propina al propietario del borrico se mostró tan generoso, que creyó que se lo estaba comprando, e insistía en dejárselo. “De veras batallé en un combate que a mí me parecía decisivo para que se llevara el animal, pues dígame, Pancho, ¿Qué podría hacer yo con él en esta ciudad tan bella, donde la gente es tan recatada y ceremoniosa?”

Triste historia de amor

Hay en la biografía de Múzquiz Blanco una historia poco conocida: la de un amor irrealizable. La otra protagonista de esta silenciosa tragedia fue la hermosa profesora Victoria Garza Villarreal. Blanca, menudita, facciones finísimas, cabello negro ensortijado, culta, de gustos y maneras refinadas. La maestra Victoria fue el amor platónico de cuantos varones pasaron por el aula de la Normal de Profesores donde enseñaba dibujo.

El poeta y la maestra se enamoraron. Para ella, Múzquiz Blanco fue el hombre de su vida. Él le propuso matrimonio. Ella aceptó. Respetando los obligados rituales de la época, acordaron fijar fecha de la petición de mano, ceremonia social terminada en lágrimas. El padre de Victoria se opuso al matrimonio. Ella insistió inútilmente. No, don Aldegundo Garza jamás le permitiría contraer matrimonio con un sujeto de tan sospechosas costumbres y nebuloso futuro como puede serlo un poeta.

“Si no me caso con él, no me casaré nunca”, sentenció la muchacha. Aquella frase, que el padre consideró arrebato de juventud, la cumplió como si se tratara de un pacto sellado con Dios. Permaneció soltera hasta la muerte. Envejeció con enorme dignidad sin perder nunca los rasgos clásicos de su belleza juvenil, pero en el fondo de su mirada luminosa se percibía un rescaldo de resignada tristeza. Sobrevivió a Manuel muchos años, más de cuarenta. ¿Qué sentiría cuando, después de clases, caminando bajo

los árboles de la Alameda se topaba con ese partenón de cantera rosa
en cuyo frontis se lee Biblioteca Pública Manuel Múzquiz Blanco?

----- O -----

Nota: Conocí la historia de la maestra Victoria Garza Villarreal por boca de sus sobrinos. Dudé mucho en incluirla a pesar del tiempo transcurrido. Lo hago a manera de homenaje a una mujer admirable, fiel a su amor juvenil, a la que recuerdo siempre con un libro en la mano.

Bibliografía

Cuando la plaza fue patíbulo

Gregg, Joshia. *Diary & Letters of Joshia Gregg. Excursions in Mexico and California. 1847–1850*. Edición de Maurice Garland Fulton. Estados Unidos: University of Oklahoma Press, 1944.

Chance E., Joseph (edición y notas). *My Life in the Old Army, Reminiscences of Abner Doubleday*. Estados Unidos: Fort Whort, Texas Christian Press, s/f.

Villarreal Lozano, Javier. *Los ojos ajenos. Viajeros en Saltillo (1603-1910)*. México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, 2002.

La llave de la ciudad

Alcaraz Ramón, et al. *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos* (prólogo de Josefina Zoraida Vázquez). México: INEHRM, 1991.

Alessio Robles, Vito. *Memorias y diario*, t. I. México: Miguel Ángel Porrúa, Librero-editor, Gobierno del Estado de Coahuila, 2013.

Cavazos Garza, Israel. *Diccionario biográfico de Nuevo León*.

México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 1984.

Gregg, Joshia. *Diary & Letters of Joshia Gregg. Excursions in Mexico and California. 1847–1850*. Edición de Maurice Garland

Fulton. Estados Unidos: University of Oklahoma Press, 1944.

La correspondencia de Isaac Bowen se conserva en los archivos de Carise, Pensilvania. Transcripción de Paul Smith.

La muerte de un héroe

Arellano, Emilio y Guillermo Prieto. *Crónicas tardías del siglo XIX en México*. México: Planeta, 2016.

Prieto, Guillermo. *Memoria de mis tiempos*, t. II, París–México: Librería de la viuda de C. Bouret, 1906.

Quirarte, Vicente. *La isla tiene forma de ballena*. México: Seix Barral, Biblioteca Breve, 2015.

Tello Díaz, Carlos. *Porfirio Díaz. Su vida y su tiempo. La Guerra 1830–1867*. México: Conaculta–Penguin Random House, México, 2015.

Varios autores. *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía de México*, t. II, México, Editorial Porrúa, 1964.

Periódico Oficial del Gobierno de Coahuila de Zaragoza.

Un festín poco académico

Barrón, Luis. *Carranza. El último reformista porfiriano*. México: Tusquets, 2009.

García Rodríguez, José. *Obras Completas*, t. II. México: Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, vol. No. 15, 1983.

Folleto conmemorativo de la reelección del gobernador José María Garza Galán, Saltillo, 1893.

Los siete magníficos

Alessio Robles, Miguel. *Mi generación y mi época*. México: Stylo, 1949.

_____. *Historia Política de la Revolución Mexicana*. México: Gobierno del Estado de Coahuila, 2007.

- Alessio Robles, Vito. *Memorias y Diario, 1941-1953*, t. III (edición y estudio preliminar de Javier Villarreal Lozano). México: Miguel Ángel Porrúa, Librero-editor, Centro Cultural Vito Alessio Robles, Gobierno del Estado de Coahuila, 2013.
- Canales Santos, Álvaro. *Roque González Garza*. México: Gobierno del Estado de Coahuila, 2013.
- Espejo, Beatriz. *Julio Torri. Voyerista desencantado*. México: Universidad Autónoma de México, 1986.
- González Garza, Federico. *La Revolución Mexicana. Mi contribución político-literaria*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.
- González Garza, Roque, et al. *La Batalla de Torreón*. México: Secretaría de Educación Pública, 1914.
- García de Letona, José. *Estudios literarios con juicios sobre el autor por sus discípulos don Miguel Alessio Robles y don Artemio de Valle-Arizpe*. México: 1934.
- Moguel Flores, Josefina. “Estudio sobre Federico González Garza. El Más Maderista”. México: 2000.
- Palavicini, Félix F. *Mi vida revolucionaria*. México: Botas, 1937.

Poniatowska, Elena. *Dos veces única*. México: Seix Barral. Biblioteca Breve, 2015.

Salmerón Sanginés, Luis Arturo. “Maderista sin tacha”, conferencia inédita, febrero de 2013.

Torri, Julio. *Diálogo de libros* (compilación de Serge I. Zaitzeff). México: FCE, Letras Mexicanas, 1980.

[marcofular.blogspot.mx.2008/09/ la-biblioteca-de-don-artemio-de valle. html](http://marcofular.blogspot.mx/2008/09/la-biblioteca-de-don-artemio-de-valle.html)

web.http//grandescasademexico.blogspot.mx/2014/037la-casa-de-don-Artemio-de-valle-arizpe.html

Colina sangrienta

Barragán Rodríguez, Juan. *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista, Primera época* (edición facsimilar). México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de e la Revolución Mexicana, 1985.

Breceda, Alfredo. *México Revolucionario*, t. I (edición facsimilar). México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

Cuéllar Valdés, Pablo M. *Historia de la Ciudad de Saltillo*. México: Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, vol. 13, 1982.

Recio Dávila, María Concepción. *Saltillo en la Revolución*. México: Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, 2011.

Una residencia para Francisco Villa

Ávila, Felipe y Pedro Salmerón. *Breve historia de la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI– INEHRM, 2015.

Alessio Robles, Miguel. *Perfiles del Saltillo*. México: Editorial Cvltura, 1937.

Alessio Robles, Vito. *Memorias y Diario*, t. I (edición y estudio preliminar de Javier Villarreal Lozano). México: Miguel Ángel Porrúa, Librero-editor, Centro Cultural Vito Alessio Robles, Gobierno del Estado de Coahuila, 2013.

García Rodríguez, José. *Obras Completas*, t. II. México: Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, vol. No. 15, 1983.

González, Manuel W. *Con Carranza. Episodios de la Revolución Constitucionalista. 1913-1914*. México: INEHRM-Secretaría de Educación Pública, 2015.

Katz, Friedrich. *Pancho Villa*, t. II. México: Ediciones Era, 1998.

Sentencia no cumplida

Arenas Guzmán, Diego. *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 1955.

Dollero, Adolfo. *México al día. (Impresiones y notas de viaje)*. París–México: Librería de la viuda de C. Bouret, 1911.

Moguel Flores, Josefina. *Juan Andreu Almazán*. México: Planeta DeAgostini, 2003,

_____. “Juan Andreu Almazán”, en *Provincias Internas*. Centro Cultural Vito Alessio Robles. México: Saltillo, Coahuila. Año II. Núms. 7/8. Otoño e Invierno 2002-2003, pp. 163-205.

Velasco Lomelí, José Antonio. *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército Federal y ejecutó un forzoso final*. México: edición del autor, 2014.

El año de los poetas

Alberti, Rafael. *Imagen primera de...* Barcelona: Seix Barral. Biblioteca Breve, 1999.

Cuéllar Valdés, Pablo M. *Historia de la Ciudad de Saltillo*. México: Biblioteca de la Universidad Autónoma de Coahuila, vol. 13, 1982.

Montesa y Peyró, Salvador (coord.) *Salvador Rueda, su época, autores, géneros y tendencias*. España: Málaga, Asociación para el Estudio, Difusión e Investigación de la Lengua Española, 2008.

Periódico *El Universal*.

Revista de Revistas.

Libros, gratitud, borracheras y amores imposibles

Avilés Fabila, René. “Rubén Salazar Mallén vs. Octavio Paz (1)”, en *Excélsior*, 26 de diciembre de 2015.

Barrera Fuentes, Florencio. *Figuras y estampas del Ateneo*. México: Ediciones Papel de Poesía, 1942.

López Serrano, Francisco. *Viaje por un largo y azaroso camino*. México: 2007.

Índice

Agradecimientos	5
Prólogo	9
Cuando la plaza fue patíbulo.....	13
La llave de la ciudad.....	21
La muerte de un héroe.....	31
Un festín poco académico	45
Los siete magníficos.....	51
Colina sangrienta.....	97
Una residencia para Francisco Villa.....	105
Sentencia no cumplida.....	117
El año de los poetas.....	123
Libros, gratitud, borracheras y amores imposibles	135
Bibliografía.....	147

¡Ay, Saltillo!, si tus calles hablaran...

se terminó de imprimir en marzo
de 2017 en Coordinación Editorial
Dolores Quintanilla con un tiraje
de 500 ejemplares